

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses.	8 reales.
Seis meses.	15 »
Un año.	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos **Bally-Balliere**, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerias y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,
FRANCO DE PORTE.

Tres meses.	12 reales.
Seis meses.	21 »
Un año.	38 »



Sois unos traidores y vais á morir.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por **M. GUSTAVE AIMARD.**

TRADUCIDA

Por **D. J. F. SAENZ DE URRACA.**

(Continuacion. — Véase el núm. 7.º)

Apresuráronse á hacer los preparativos del suplicio.

Las mujeres cortaron astillas pequeñas de Fresno para introducir las entre las uñas y la carne; otras prepararon médula de saúco para hacer mechas empapadas en azufre, mientras que las mas jóvenes iban al bosque á buscar brazados de leña verde destinados á quemar lentamente á la mujer sentenciada, asfixiándola con el humo que produce.

Entre tanto los hombres habian despojado completamente de su corteza á un árbol, escogido para servir de poste del suplicio, untándole en seguida con grasa de alce mezclada con ocre encarnado; en su base habian amontonado la leña de la ho-

guera, y hecho esto, el hechicero fué á conjurar al árbol por medio de palabras misteriosas, con el fin de hacer que fuese á propósito para el uso á que se le destinaba.

Terminados estos preparativos, la infeliz mujer fué conducida al pié del poste, sentada, sin atarla, sobre el pedazo de madera destinado á quemarla, y comenzó el baile de la muerte (1).

La desventurada mujer permanecia impasible; al parecer, habia hecho el sacrificio de su vida; nada de lo que pasaba en torno suyo podia conmoverla ya.

Sus ojos abrasados por la fiebre y preñados de lágrimas, vagaban sin objeto por aquella multitud que la rodeaba lanzando ruidos de fiera. Sin embargo, su imaginacion velaba tan sutil y tan lucida como en los mejores dias de su vida. La pobre madre abrigaba un temor que le atorazaba el corazon y le hacia sufrir un tormento espantoso, junto al cual nada era el que los Indios se disponian á hacerla padecer: temblaba que Corazon Leal, informado de la suerte horrible que es-

(1) Véase la lámina del n.º 2 de la LECTURA, pág. 4.

taba reservada á su madre, acudiese presuroso y entregarse á sus feroces enemigos con el fin de salvarla.

Con el oido atento al ruido mas leve, parecia escuchar á cada instante los pasos precipitados de su hijo acudiendo á socorrerla. Su corazon se estremecia de temor. Rogaba á Dios con toda su alma que le permitiese morir en lugar de su hijo querido.

El baile de la muerte seguia con furor en torno suyo.

Una multitud de guerreros, altos, hermosos, magnificamente adornados, pero con el rostro ennegrecido, daban vueltas, apareados, en torno del poste, conducido por siete músicos provistos de tambores y de *chicikones*, y que llevaban la cara cubierta de rayas negras y encarnadas, y la cabeza cubierta de plumas de lechuza, que caian hacia atrás.

Los guerreros llevaban en la mano rompe-cabezas y fusiles adornados con plumas negras y paño encarnado, y al bailar apoyaban las culatas en el suelo.

Aquellos hombres formaban un estenso sem-

círculo en torno del poste; en frente de ellos, y cerrando el círculo, bailaban las mujeres.

Cabeza de Aguila, que guiaba á los guerreros, llevaba un palo muy largo, en cuyo extremo superior estaba clavada una cabellera humana sosteniendo encima una picaza diseçada, con las alas desplegadas; un poco mas abajo, en el mismo palo, habia una segunda cabellera, una piel de lince y plumas.

Cuando hubieron bailado así, durante un momento, los músicos se colocaron á ambos lados de la prisionera, y metieron un ruido espantoso, cantando, tocando los tambores con todas sus fuerzas, y sacudiendo los *chicikones*.

Este baile continuó durante largo tiempo con aullidos terribles, capaces de volver loca de terror á la desventurada á quien presagiaban los tormentos horrosos que la aguardaban.

Al fin, Cabeza de Aguila tocó ligeramente á la prisionera con su bastón; á esta señal cesó el tumulto como por encanto, los guerreros rompieron filas, y cada cual cogió sus armas.

¡Iba á comenzar el suplicio!

XX.

EL TORMENTO.

Tan luego como hubo terminado el baile de la muerte los guerreros principales de la tribu se formaron delante del poste con las armas en la mano, mientras que las mujeres, sobre todas las de edad mas avanzada, se arrojaban sobre la prisionera llenándola de injurias y de golpes, tirándola del pelo y maltratándola de todas las maneras imaginables, no solo sin que ella opusiese la menor resistencia, sino tambien sin que procurase siquiera sustraerse á los sufrimientos que le imponian.

La desventurada mujer solo á una cosa aspiraba: á ver comenzar su suplicio.

Habia seguido con febril impaciencia las peripecias del baile de la muerte, tanto era lo que temia que su amado hijo pudiese aparecer é interponerse entre ella y sus verdugos.

Lo mismo que los antiguos mártires, en el fondo de su corazón acusaba á los Indios de mal gastar un tiempo precioso en ceremonias inútiles: si hubiese tenido fuerzas suficientes para ello, les habria reprendido y se hubiera burlado de su lentitud y de lo que parecian titubear para sacrificarla.

La verdad era que á los Comanches, á pesar suyo, y aunque aquella ejecucion les parecia justa, les repugnaba atormentar á una mujer indefensa, de edad avanzada, y que nunca les habia hecho daño, directa ni indirectamente.

El mismo Cabeza de Aguila, no obstante su odio, esperaba como un recordamiento secreto por el crimen que cometía; lejos de apresurar los últimos preparativos, los hacia con una calma y un disgusto á los que no conseguia sobreponerse.

Para hombres intrépidos, acostumbrados á arrostrar los mayores peligros, siempre es una acción deshonrosa la de atormentar á una criatura débil, á una mujer que no tiene mas defensa que sus lágrimas. Si hubiese sido un hombre, la resolución habria sido unánime en la tribu para atarle al poste.

Los prisioneros indios se rien de los suplicios, insultan á sus verdugos, y en sus cantos de muerte reconvienen á sus vencedores por su cobardía y su inesperienza para hacer sufrir á sus victimas, enumeran sus hazañas, cuentan los enemigos á quienes han arrebatado sus cabelleras, y en fin, por sus sarcasmos y su actitud despreciativa, escitan la cólera de sus verdugos, reaniman su odio, y justifican hasta cierto punto su ferocidad.

Pero una mujer débil, resignada, presentándose cual un cordero ante el carnicero, medio muerta ya, ¿qué interés podia ofrecer en su suplicio?

De este no podia esperarse gloria alguna, sino por el contrario, una reprobación general.

Los Comanches lo comprendian así, y de aquí resultaba su repugnancia y su vacilación. Sin embargo, era preciso concluir.

Cabeza de Aguila se acercó á la prisionera, y librándola de las arpias que la hostigaban, le dijo con voz sombría.

—Mujer, he cumplido mi palabra; tu hijo no ha llegado, vas á morir.

—Gracias, dijo la anciana con voz débil, apoyándose en un árbol para no caer.

El jefe indio la miró sin entenderla.

—¿No temes la muerte? le preguntó.

—No, repuso la prisionera fijando en él una mirada de angelical dulzura. Será muy bien venida; mi vida solo ha sido una agonía prolongada, y recibiré á la muerte como un beneficio.

—Pero ¿y tu hijo?

—Mi hijo se salvará si yo muero; lo has jurado por los huesos de tus padres.

—Lo he jurado.

—¿Son las mujeres de tu nacion como los *squaws* indios, que ven el tormento sin temblar? dijo el jefe con sorpresa.

—¡Si! contestó la anciana con agitación; todas las madres desprecian la muerte cuando se trata de la salvación de sus hijos.

—Escucha, dijo el indio sintiendo compasión á pesar suyo, yo tambien tengo una madre á quien amo; si lo deseas, puedo retrasar tu suplicio hasta la puesta del sol.

—¿Para qué? contestó la prisionera con una candidez terrible; no, guerrero, si mi dolor te conmueve realmente, hay un favor, solo uno, que puedes concederme.

—Habla, dijo el indio con viveza.

—Hazme morir al instante.

—Pero ¿y si llega tu hijo?

—¿Qué te importa? Necesitas una victima. ¿no es cierto? Pues bien; esa victima está delante de ti, puedes atormentarla como quieras. ¿Por qué vacilas? Haz que me den la muerte, te digo.

—Se cumplirá tu deseo, contestó con tristeza el comanche: mujer, prepárate.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y aguardó.

A una seña de Cabeza de Aguila, dos guerreros cogieron á la prisionera y la ataron al poste por la mitad del cuerpo.

Entonces comenzó el ejercicio del cuchillo, que consiste en lo siguiente:

Cada guerrero coge su cuchillo de arrancar cabelleras, y tomándole por la punta con el pulgar y el índice de la mano derecha, se le tira á la victima de modo que no le haga mas que heridas leves.

Los Indios procuran en sus suplicios que el tormento continúe el mayor tiempo posible, y no dan el golpe postrero á su enemigo, sino cuando le han arrancado la vida gradualmente, y por decirlo así, á pedazos.

Los guerreros lanzaron sus cuchillos con tan maravillosa destreza, que todos rozaron el cuerpo de la desgraciada sin producirle mas que rasguños.

Sin embargo, corria la sangre de la prisionera, habia cerrado los ojos, y completamente reconcentrada en sí misma, oraba con fervor anhelando con toda su alma recibir el golpe mortal.

Los guerreros, á quienes servia de blanco su cuerpo, se acaloraban por momentos; la curiosidad, el deseo de mostrar su destreza, habia sustituido en ellos á la compasión que al pronto sintieran. Aplaudian con fuertes gritos y carcajadas las proezas de los mas diestros.

En una palabra, como sucede siempre, lo mismo en los pueblos civilizados que entre los salvajes, la sangre les embriagaba, se escitaba su amor propio, y cada cual procuraba escocer al que le habia precedido; todas las demás consideraciones quedaban olvidadas.

Cuando todos hubieron lanzado sus cuchillos, un número reducido de los tiradores mas diestros de la tribu se armó con fusiles.

Esta vez era preciso tener el golpe de vista seguro, porque una bala mal dirigida podia poner término al suplicio y privar á los concurrentes del interesante espectáculo con que tanto pensaban divertirse.

A cada tiro, la pobre victima se replegaba sobre sí misma, no daba mas señal de vida que un

estremecimiento nervioso que agitaba todo su cuerpo.

—¡Concluyamos! dijo Cabeza de Aguila, sintiendo, á pesar suyo, que se ablandaba su corazón de bronce ante tanto valor y abnegación. Los guerreros Comanches no son jaguares: esa mujer ha sufrido bastante; que muera y acabe todo.

Oyéronse algunos murmullos entre los *squaws* y los niños, que eran los que mas se encarnizaban en el suplicio de la prisionera.

Pero los guerreros opinaron lo mismo que el jefe: aquella ejecucion desprovista de los insultos que la victima dirige generalmente á sus vencedores, carecia de atractivo para ellos, y luego se avergonzaban interiormente de cebarse así en atormentar á una mujer.

Perdonaron, pues, á la desventurada el martirio de las astillas de madera introducidas entre las uñas y la carne, las mechas de azufre atadas entre los dedos, la máscara de miel aplicada al rostro para que las abejas fuesen á picarla, y otros muchos tormentos que seria prolijo enumerar, y prepararon la hoguera, sobre la cual habia de ser quemada.

Pero antes de proceder al último acto de aquella tragedia espantosa, desataron á la pobre mujer; durante algunos momentos la dejaron que tomase aliento y se repusiese de las emociones terribles que habia experimentado.

La infeliz cayó anonadada, casi sin sentido.

Cabeza de Aguila se acercó á ella.

—Mi madre es valiente, dijo; muchos guerreros no hubieran sufrido las pruebas con tanto valor.

Una sonrisa triste vagó por sus descoloridos labios.

—Tengo un hijo, contestó con una mirada de inefable dulzura; por él es por quien lo sufro todo gustosa.

—Un guerrero es feliz con tener tal madre.

—¿Por qué diferir mi muerte? Es cruel obrar así; los guerreros no debèn atormentar á las mujeres.

—Mi madre tiene razon; ha concluido su martirio.

—¿Voy á morir por fin? preguntó la infeliz con un suspiro de satisfaccion.

—Si, preparan ya la hoguera.

La pobre mujer sintió, á pesar suyo, que un estremecimiento de horror recorria todo su cuerpo al oír tan espantosa noticia.

—¿Quemarme! exclamó aterrada; ¿por qué quemarme?

—Es la costumbre.

La desventurada dejó caer su cabeza en ambas manos; pero muy luego se enderezó, y fijando en el cielo una mirada inspirada, murmuró con resignación:

—¡Dios mio! ¡Hágase vuestra voluntad!

—¿Se encuentra mi madre bastante repuesta para ser atada al poste? preguntó el jefe con acento compasivo.

—Si, dijo la prisionera levantándose resueltamente.

Cabeza de Aguila no pudo reprimir un gesto de admiración. Los Indios consideran el valor como la primera virtud.

—Venga mi madre, dijo.

La prisionera le siguió con paso firme; habia recobrado toda su fuerza; ¡al fin iba á morir!

El jefe la condujo al poste de la sangre, al cual fué atada por segunda vez; delante de ella amontonaron haces de leña verde, y á una seña de Cabeza de Aguila los encendieron.

Al pronto tardó mucho en prenderse fuego á la hoguera, por la humedad de la leña, que produjo un humo espeso; al fin, despues de algunos segundos, brilló la llama, se estendió gradualmente, y en pocos minutos adquirió grande intensidad.

La desventurada mujer no pudo contener un grito de espanto.

En el mismo instante apareció en medio del campamento un ginete que llegó corriendo á rienda suelta; de un salto se tiró al suelo, y antes de que tuviesen tiempo para oponerse á

ello, desparramó la leña de la hoguera y cortó las ligaduras de la víctima.

—¡Ah! ¿Por qué has venido? murmuró la pobre madre cayendo en sus brazos.

—¡Madre mía, perdóneme V.! exclamó Corazon Leal con desesperación. ¡Cuánto ha debido V. sufrir, Dios mío!

—¡Vete! vete! Rafael, repetía abrumándole á caricias, déjame morir en tu lugar: ¿no debe dar una madre su vida por su hijo?

—¡Oh! no hable V. así, madre mía! me volverá loco! dijo el joven estrechándola apasionadamente entre sus brazos.

Entre tanto, la emoción producida por la súbita irrupción de Corazon Leal se había disipado, y los guerreros indios habían recobrado esa impasibilidad que ostentan en todas ocasiones.

Cabeza de Aguila se adelantó hácia el cazador. —Mi hermano es muy bien venido, dijo; ya no le aguardaba yo.

—Héme aquí, me ha sido imposible llegar antes: ¿supongo que mi madre estará libre?

—Libre está.

—¿Puede retirarse á donde quiera.

—¿A donde quiera.

—¡No! exclamó la prisionera colocándose resueltamente delante del jefe indio; es demasiado tarde, yo soy quien debe morir; mi hijo no tiene derecho para ocupar mi puesto.

—¡Madre mía! ¿qué dice V.?

—Lo que es justo, Rafael, repuso la anciana con vehemencia; ha pasado la hora en que debiste llegar, ya no tienes derecho para estar aquí é impedir mi suplicio; retírate, Rafael, retírate, ¡le lo suplico! déjame morir para salvarte! añadió prorumpiendo en llanto y arrojándose en sus brazos.

—Madre mía, contestó el joven, llenándola de caricias, el profundo cariño que V. me profesa, la estravía; no puedo dejar que se cometa tal atentado.... ¡no, no! solo yo debo permanecer aquí!

—¡Dios mío! Dios mío! decía la desventurada mujer sollozando, ¡nada quiere escuchar!... ¡Hubiera yo sido tan feliz con morir para salvarle!

Vencida por una emoción harto fuerte para ella, la desgraciada madre cayó desmayada en los brazos de su hijo.

Corazon Leal estampó un apasionado y tierno beso en su frente, y entregándola á Eusebio, que hacía algunos instantes que había llegado, le dijo con voz ahogada por el dolor.

—¡Marchese V. pobre madre! que sea feliz, si aun puede existir ventura para ella sin su hijo!

El anciano criado suspiró, estrechó apasionadamente la mano de Corazon Leal, y colocando el cuerpo de su ama en el arzon de la silla, volvió riendas y salió lentamente del campamento, sin que nadie se opusiera á su partida.

Corazon Leal siguió á su madre con la vista durante todo el tiempo que le fué posible; luego, cuando hubo desaparecido, cuando dejó de oírse el ruido de los pasos del caballo que la conducía, lanzó un suspiro ahogado, y se pasó la mano por la frente murmurando.

—¡Todo ha concluido! ¡Dios mío, velad por ella!

Entonces, volviéndose hácia los jefes indios que le miraban silenciosos, con aspecto de respeto y admiración, les dijo con voz firme é incisiva, lanzándoles una mirada chispeante:

—¡Guerreros Comanches, sois todos unos cobardes! Los hombres de corazón no martirizan á una mujer.

Cabeza de Aguila se sonrió.

—Veremos, dijo irónicamente, si el trampero pálido es tan valiente como supone.

—¡Al menos sabré morir como un hombre! contestó Corazon Leal con altanería.

—La madre del cazador está libre.

—Si. Veamos, ¿qué queréis de mí?

—Un prisionero no tiene armas.

—Es muy justo, dijo el cazador con una sonrisa de desprecio, voy á daros las mías.

—Todavía no, si V. gusta, querido amigo, dijo de improviso una voz burlona.

Apareció Buenhumor.

El cazador llevaba atravesado en el arzon de

su silla un niño de cuatro ó cinco años, y una india joven, bastante bonita, iba sólidamente atada á la cola de su caballo.

—¡Mi hijo! mi mujer! exclamó Cabeza de Aguila con profundo terror.

—Si, repuso el canadiense con una mueca irónica, tu mujer y tu hijo á quienes he hecho prisioneros. ¡Ja, ja! Ha estado bien jugada esta partida, ¿no es cierto?

A una seña de su amigo, Corazon Leal dió un salto y se apoderó de la mujer, cuyos dientes castañeteaban á impulsos del terror y dirigía en torno suyo miradas estraviadas.

—Ahora repuse Buenhumor, con siniestra sonrisa, hablemos; creo que he igualado las probabilidades: ¿qué le parece?

Y apoyó el cañon de una pistola en la frente de la inocente criatura, quien lanzó agudos gritos al sentir el frío del hierro.

—¡Oh! exclamó Cabeza de Aguila con desesperación, ¡mi hijo! devuélvanme mi hijo!

—¿Y tu mujer, la olvidas? contestó Buenhumor con una sonrisa irónica y encogiéndose de hombros.

—Jefe, ¿cuáles son tus condiciones? preguntó Corazon Leal.

FIN DE LA 4.ª PARTE.

SEGUNDA PARTE.

OUAKTEHNO (el «mata».)

I.

CORAZON LEAL.

La posición había variado por completo.

Los cazadores, que un momento antes estaban á merced de los Indios, no solo se hallaban libres, sino que además podían imponer duras condiciones.

Muchos fusiles se habían inclinado hácia adelante, en dirección al canadiense, muchas flechas le habían apuntado; pero á una seña de Cabeza de Aguila se alzaron de nuevo los fusiles, y las flechas volvieron á guardarse en el carcaj.

La vergüenza de ser burlados por dos hombres que les desafiaban audazmente en medio de su campamento, hacia hervir la cólera en el corazón de los Comanches. Conocían la imposibilidad de una lucha con sus audaces adversarios. En efecto, ¿qué podían intentar contra aquellos aventureros intrépidos que ningún caso hacían de la vida?

¿Darles muerte?

Pero al caer degollarían desapiadadamente á los prisioneros á quienes se quería salvar.

El sentimiento que mas desarrollado se halla entre los Pielas Rojas, es el amor á la familia.

Por sus hijos y su mujer, el guerrero mas feroz no vacilará en hacer concesiones que, en otra ocasión, no lograrían arrancarle los tormentos mas espantosos. Por eso Cabeza de Aguila al ver á su mujer y á sus hijos en poder de Buenhumor, no pensó ya mas que en salvarlos.

Entre todos los hombres, acaso sean los Indios los que con mas facilidad sepan doblegarse ante las exigencias de una situación imprevista.

El jefe comanche sepultó en lo mas profundo de su corazón el odio y la cólera que le devoraban. Con un movimiento lleno de doblez, y de desembarazo, echó hácia atrás la manta que le cubría los hombros, y con el semblante sereno y la sonrisa en los labios se acercó á los cazadores.

Estos acostumbrados de mucho tiempo atrás al modo de obrar de los Pielas Rojas, permanecían impasibles, al parecer, aguardando el resultado de su atrevido golpe de mano.

—Mis hermanos pálidos, dijo el jefe, están llenos de sabiduría, aunque todavía tienen la cabellera negra; conocen todos los ardidés que les son familiares á los grandes guerreros; tienen la astucia del castor y el valor del león.

Los dos hombres se inclinaron silenciosamente. Cabeza de Aguila continuó diciendo:

—Puesto que mi hermano el Corazon Leal se halla en el campamento de los Comanches de los grandes lagos, ha llegado, por fin, la hora

de disipar las nubes que se han alzado entre él y los Pielas Rojas. El Corazon Leal es justo, que se explique sin temor; está delante de jefes acaudalados que no vacilarán en reconocer sus errores si los han cometido respecto de él.

—¡Oh! oh! contestó el canadiense irónicamente. Cabeza de Aguila ha variado muy repentinamente de sentimientos, respecto de nosotros: ¿creé poder engañarnos con vanas palabras?

Un relámpago de odio brilló en los ojos ferozes del indio; pero por un esfuerzo supremo logró contenerse.

De pronto se interpuso un hombre entre los interlocutores.

Aquel hombre era Eshis, el guerrero mas venerado de la tribu.

El anciano alzó lentamente el brazo y dijo:

—Escúchenme mis hijos: todo debe aclararse hoy; los cazadores pálidos fumarán la pipa en el Consejo.

—Corriente, hágase así, dijo Corazon Leal.

A una seña de aquel los jefes principales de la tribu fueron á colocarse en torno suyo.

Buenhumor no había variado de posición; hallábase dispuesto á sacrificar á sus prisioneros al menor gesto sospechoso que observase.

Cuando la pipa hubo dado vuelta al círculo formado cerca de los cazadores, el anciano jefe se recogió durante un momento, y luego, después de haberse inclinado ante los blancos, habló en estos términos:

—Guerreros, doy gracias al dueño de la vida, porque nos quiere á nosotros Pielas Rojas, y nos envía hoy á estos dos hombres pálidos, que al fin podrán abrir su corazón. Cobren ánimo los jóvenes, y no dejen que sus almas se entorpezcan, sino destierren lejos de sí el mal espíritu. Queremos á Corazon Leal y hemos oído hablar de su humanidad para con los Indios. Creemos que su corazón está abierto y que sus venas corren tan claras como el sol. Verdad es que nosotros los Indios no tenemos mucho buen sentido cuando nos domina el agua ardiente, y que podemos haber desagradado á los rostros pálidos en varias ocasiones. Pero esperamos que lo olvidarán, y que mientras ellos y nosotros nos hallemos en las praderas, cazarémos unos al lado de otros, como deben hacerlo guerreros que se quieren y se respetan (1).

Corazon Leal contestó:

—Vosotros, jefes y demás miembros de la nación de los Comanches de los grandes lagos, cuyos ojos están abiertos, espero que prestareis oído á las palabras de mi boca. El dueño de la vida ha abierto mi cerebro, y ha hecho salir de mi pecho palabras amistosas. Mi corazón está lleno de sentimientos hácia vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos, y lo que voy á decir en este momento procede de la raíz de los sentimientos de mi amigo y de los míos. En la pradera, mi hato nunca ha estado cerrado para los guerreros de vuestra nación. Siendo así, ¿por qué me haceis la guerra? ¿Por qué atormentar á mi madre, que es una anciana, y procurar arrancarme la vida? Me repugna derramar la sangre india, porque, os lo repito, no obstante todo el daño que me habeis hecho, mi corazón se lanza hácia vosotros.

—¡Ouh! exclamó cabeza de Aguila interrumpiéndole: mi hermano habla bien; pero la herida que me hizo, aun no está cicatrizada.

—Mi hermano está loco; ¿me cree tan torpe, por ventura, que no le hubiese dado muerte si tal hubiera sido mi intención? Voy á probaros á todos lo que soy capaz de hacer, y de qué modo comprendo el valor de un guerrero. Que haga yo una seña, y esa mujer y ese niño vivirán.

(1) Damos aquí la traducción de este discurso, que acaso pueda interesar al lector como una muestra del lenguaje de los Comanches.

Meegooitch kitchee manitoo, kaigait-kee zargetoone an nishin-norbay nogomé, shafiyvaz pays hik artwaaay winnin terehennan, cauwieen kitchee morgussey, an nishinnorbay nogomé, cauwieekan indenendum. Kaygait kitchee muskowway geosay haguarmissey waybenan matchee oathy nee zargetoone saggonash artaway winnin kaygait hapadgy kitchee morgussey an nishinnorbay; kaig watch annahokassey nenerwind mornooch towvach nee zargey debwoye kee apayomar, cuppar bebone nepewar appininiqui omar.

—Sí, dijo Buenhumor apoyando á su amigo. Un estremecimiento profundo circuló entre todos los circunstantes. Cabeza de Aguila sintió brotar un sudor frío en sus sienas.

Corazon Leal guardó silencio durante un momento, fijando en los Indios una mirada de indefinible e-presion; luego encogiéndose de hombros desdenosamente, tiró las armas á sus piés, cruzó los brazos sobre su ancho pecho, y volviéndose hácia el canadense, dijo con voz serena y muy acentuada:

—Buenhumor, restituya V. la libertad á esas dos pobres criaturas.

—¡Piensa V. lo que dice! exclamó el cazador estupefacto; ¡seria su sentencia de muerte!

—Lo sé.

—¿Entónces?

—¡Le ruego que haga lo que digo!

(Se continuará).

POR UN ALFILER.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.
(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 7.º)

Notó entonces Jorge que todo se hallaba en el cuarto en el mismo sér y estado que el día en que habia hecho tan corta excursion en él. Los mismos dibujos se hallaban sobre la mesa; el mismo ramo, tan fresco, tan fragante el otro día, inclinaba ahora sus ajadas flores á lo largo de una jarra de cristal en donde estaba puesto; y Juana misma con sus facciones alteradas por el padecimiento, ¿no parecia tambien una flor agostada? Repúsose, sin embargo, casi inmediatamente, y sus ojos volvieron á tomar su natural viveza y animacion.

—Esta semana no he podido hacer nada, dijo la bella Juana; pero ya me siento mejor, y además tenia necesidad de vuestros consejos. ¡Qué desgracia! Ahora estas pobres flores no nos pueden servir.

Y procuraba enderezarlas y ponerlas derechas con cierta compasion.

—Voy á subir otro ramo, dijo Jorge, porque es preciso adelantar y reparar el tiempo perdido.

—Id pronto, dijo Mme. Blanchemain, y el desayuno estará listo para cuando volvais.

Una hora despues la familia ¡que dulce nombre para improvisada! Ana, Juana, Mme. Blanchemain y Jorge se hallaban reunidos en el cuarto bajo. Reinaba en sus rostros la confianza y la serenidad. Jorge, tal es el poder de la satisfaccion, apuró sin repugnancia aparente y hasta las heces, la especie de caliz que Mme. Blanchemain habia colocado delante de él. Fué el día del triunfo del vino de Mareil.

—Se deja beber muy bien este vinillo, dijo la buena señora satisfecha; pero es aun mejor con agua.

Llegó un jardinero y colocó en el comedor una porcion de las mas bellas flores. El desayuno fué tambien en alegre y afectuoso.

Cuando llegó la hora de servir el café, Juana, que no habia querido tomar nada hacia algunos días, tomó su taza con filete de oro, y Mme. Blanchemain la llenó con un cuidado particular, añadiendo además otra taza de leche.

—Es nuestra niña mimada, le dijo á Jorge.

—Ahora vamos á dar una vueltecita por nuestro parque. No hay mas que abrir la puerta.

En efecto, la familia se hallaba algunos momentos despues bajo las verdes óvedas del bosque. Jorge daba el brazo á Mme. Blanchemain; las dos hermanas marchaban á su lado; algunas veces se separaban algo. Cuando estuvieron cerca

del castillo de Val, hicieron un alto en la falda de la colina, y sus ojos gozaron de un encantador espectáculo. La soledad, el silencio, todo obraba sobre la imaginacion. Jorge se encontraba sentado al lado de Juana, y nada tenian que decirse: ¿no le habia dado ella la mano? ¿No le habia dicho levantandohacia él una intensa mirada: *Tengo necesidad de vuestros consejos?* Todo se comprendia en esto.

Segun la costumbre de los paseantes que visitan aquella parte del magestuoso bosque, salieron por la verja real. Allí hay una transicion que choca á todos los que van á visitar aquel sitio, que no se encuentra tal vez en otro lugar del mundo. Se sale de la media luz, se deja el misterioso asilo de las sombrías arboledas, cual las capillas bajas de las catedrales y pintadas vidrieras, para salir á la presencia de una radiante inmensidad. Se tiene entonces delante de uno el cielo abierto, y desde la llanura circular y elevada se domina el paisaje, se ve bajo los piés la tierra de los vivos con su gran cielo que la cubre, sus numerosas poblaciones que la animan, sus fértiles campos que dan el pan y el vino, sus bosques que ofrecen sombra en los veranos y fuego en el invierno, sus graciosas colinas que decoran aquel anfiteatro. Así se viene siguiendo aquel espectáculo que cambia á cada instante hasta llegar al viejo palacio.

Preciso les fué pensar en asuntos sérios. Entabláronse graves discusiones; se agruparon las flores para formar armonia y regularidad, segun el principio y opinion del maestro; se imitó á la naturaleza trabajando en aquel cuarto en donde todo respiraba el gusto á la arte en medio de la santa pobreza. Así, una copa de cristal llevaba por guirnalda un rosario de cuentas gruesas, formando en el modo de colocarse un gracioso grupo. Algunos libros familiares de los mejores y mas castos autores revelaban las preferencias de las dueñas de la casa; albums recordaban los sitios mas interesantes del bosque. Un retrato de mujer, excelente pastel, digno de Latour, se hallaba colgado en el sitio preferente. Llamó la atencion de Jorge.

—Es el retrato de mi madre, dijo Juana. ¡Qué bien están los ojos!

—Parece que os están mirando.

No se volvió á hablar de esto mas.

¡Qué rapido corre el tiempo! Levantóse Jorge: habia llegado la hora de marcharse.

Juana se levantó tambien y le alargó la mano.

—¡Ya! le dijo procurando sonreirse.

Esta espresion era como una expiacion de la cruel palabra de días antes.

Y se separaron, no sin consentir que volverian á verse el domingo siguiente para inspeccionar los trabajos de la semana y preparar otros nuevos.

Mme. Blanchemain, al acompañarle, le dijo en tono muy bajito:

—Estoy contenta, ánimo; hoy estais al cabo de vuestro camino.

XXII.

EL DESTIERRO.

Todo en la naturaleza, segun la ley de Dios, debe seguir una marcha progresiva ó de decadencia: nada es estable, nada es inmutable: el sol pálido en su aurora, aspira al zenit y cae para apagar sus fuegos en las olas del mar: el mar se estreñece, se agita, despues lanza su espuma hasta la cumbre de las rocas que circundan las playas, y abatido luego de sus vanos esfuerzos, no es mas que un tranquilo espejo donde el alcion verá reflejar su imagen: la planta animada por la sávia de la primavera dirige hácia el cielo sus vigorosos tallos hasta que los ardores del estio los secan y los hacen el juguete de los vientos. ¡Pobre humanidad! Así sucede con tus sentimientos; la razon no es siempre un guía suficiente para contenerte en los limites de la prudencia.

Por eso las visitas de Jorge eran cada domingo mas íntimas. Por eso en una hermosa mañana del mes de agosto, despues de un paseo pensativo en el bosque, se hallaba sentado Jorge al lado

de Juana, en el cuarto de labor. Tocaba Ana el órgano en la estancia inmediata; ejecutaba sobre aquel instrumento, que una amiga le habia prestado, una de esas lentas melodías, en las que se halla como el eco de los mas tiernos sentimientos. Hallábase la ventana entornada, y todas los perfumes del bosque entraban en tibias bocanadas, y unian su enervante accion á las impresiones del órgano, cuyos sonidos imitan con tanta verdad la voz lastimera del hombre.

—¿No decís nada, Jorge? dijo Juana; y sin embargo, estamos reunidos. Cuando os rehusaba esta mano, me deciais que no seriais feliz hasta que la tuviérais en la vuestra; y ahora la tenéis y la conserváis casi á pesar mio. ¿Por qué habeis perdido esa alegría, esa satisfaccion de un hombre animoso? ¿Por qué vuestra mirada es mas triste á medida que me miráis? Mis ojos *tienen mal para cuatro*, como nos leiais tan bien en Moliere, donde todavia tenemos muchas cosas bonitas que leer. Así es como yo quisiera veros siempre, con un libro ó un lápiz en la mano; la ociosidad no sirve para nada. Coged un libro y leerémos algo.

—No; no soy feliz, dijo Jorge, porque tengo que marcharme; aquí las tardes son siempre tristes y llenas de amargura para mí. Juana, será preciso deciroslo; no quiero, no puedo separarme de vuestro lado. Tengo mi posicion asegurada, y lo suficiente para poder hacer os pasar la vida con desahogo. Mi madre me deja enteramente libre, consiente en aprobar mi eleccion; no dependeis sino de vos misma; si habeis comprendido toda la amistad y el afecto que os profeso, aun cuando sabeis que nada os he dicho, sed mi esposa y no nos separarémos jamás.

Jorge, replicó Juana, desprendiendo su mano de la de este, habláis como un niño, y yo os creia un hombre. Mia es la culpa, no acusaré a nadie. He leído en vuestros ojos tanto pesar cuando os despedí de mi presencia con una sola palabra el día en que os presentasteis solo en este cuarto, y tuve tanto remordimiento por la dureza con que os habia tratado, que os he dejado volver. Despues ha crecido la amistad; de aquí ha provenido la intimidad, y por último, esta dulce situacion que os hacia feliz algunos días, y hoy ocasiona vuestra desgracia.

Solo depende de vos, dijo Jorge, que sea feliz para siempre.

—¡Para siempre! repitió Juana, ¿y quién sabe si esa felicidad podria durar tanto? ¿Sabeis unicamente quiénes somos? ¿Sabeis el estado de nuestros negocios? ¿Sabeis que mi hermana y yo no somos mas que un mismo sér, y que se quebrantaria nuestra vida si nos separásemos? No, Jorge, yo hubiera debido preveer todo esto; tenia de ello hace algun tiempo como un presentimiento. No forceis vuestro destino; no toméis por consejera una tarde de estio, ni los perfumes de las rosas, ni las armonias del órgano; escuchad la prudente razon; dad á vuestro espíritu el tiempo necesario para reflexionar. La desgracia pesa sobre nosotros; el trabajo y el estudio nos las hacen olvidar algunas veces; pero los negocios de familia que nos dejan espuestas á muchas hostilidades, piden soledad. Jamás hemos hecho esta confianza á nadie; ni aun á esa buena señora Blanchemain, y hasta que estos negocios, que tocan á la memoria venerada de mi madre, esten terminados, dejadnos entregadas á nuestros pesares. Conservadnos vuestra amistad de hermano, y ella nos los hará olvidar algunas veces, y sedme hombre juicioso.

Querida Juana, dijo Jorge, cuantas mas penas tengais, mas me pertenecéis. Los negocios de familia puede aclararlos y resolverlos el socorro de un amigo; su presencia puede abatir á los malvados; y en cuanto á vuestra hermana Ana, mi mayor alegría seria tenerla á nuestro lado y no separar lo que el cielo ha reunido tan bien, siendo tres en uno, dando dos madres á mis hijos.

—Callad, Jorge, y no oigais sino la orden que voy á daros. Todo lo he comprendido; sé quien sois; sé todo el amor, toda la abnegacion y el sacrificio de que sois capaz; pero para que este

amor y ese sacrificio sea duradero, es preciso que se purifique por la prueba del tiempo.

—A todo me someto, mi querida Juana; todo cuanto me impongas, me será fácil, con tal que me prometáis la recompensa que aguardo.

—Vais á marcharos, dijo Juana; estaréis mucho tiempo, muchísimo tiempo sin verme; pero viviréis para nosotras y nosotras viviremos para vos. No es tan difícil como pensáis, Jorge, porque no son mis manos, ni mis cabellos, ni mis ojos lo que amais; es mi alma, y mi alma permanecerá siempre con vos. Cuando os hayais marchado, cuando hayais perdido de vista la casa blanca, reflexionad bien en las últimas palabras de vuestra buena Juana, y veréis que os ha dicho la verdad. Así permaneceréis... un año; y después en igual día, cuando todo el frío de un invierno, cuando todas las heladas de la ausencia, cuando todos los torbellinos del mundo, en medio del cual vais á volver á vivir, hayan pasado sobre el ardor de un día y una hermosa tarde de verano; entonces, Jorge, si continuáis pensando todavía como hoy, venid á buscar á vuestra Juana; la encontraréis en este mismo sitio aguardándoos.

—Un año! dijo Jorge, ¿y vos, no padeceréis con mi ausencia?

—No, Jorge; siento en mí que tendré fuerzas para aguardar mi felicidad.

—Pues bien, dijo Jorge, dadme una prenda. Voy á marcharme; quiero que mi última mirada os encuentre todavía tal cual yo os he visto Juana, cuando á Dios le plugo colocaros en mi camino. Deseo poseer ese alfiler que os he prestado, y que lleváis prendido todavía en vuestro chal negro.

—No, Jorge; no, hermano mío; no haréis esa mala acción. El último recuerdo que llevaréis de aquí no será el de un alfiler, de un desnudo alfiler, sino el de una mirada amiga. Dejadme esa señal de vuestra amistad, no quiero devolverla sino dentro de un año; pero escuchad aun.

Se levantó y de un colgajo de terciopelo negro recargado de extraños adornos de cobre, sacó una crucecita de diamantes.

—Mucho hemos padecido, dijo, y puedo confesaros sin rubor que el valor que esta cruz representa nos hubiera sido muy útil, en muchas ocasiones indispensable, para poder comer el pan diario. Pero también es nuestro talisman, Jorge: nuestra madre le llevaba, y había servido á la suya; nosotras la hemos guardado siempre con el mayor cuidado. Tened esta cruz; no puedo daros una prenda mejor; y ahora, adiós y ánimo: Ana ven á despedir á nuestro hermano Jorge, que se marcha para mucho tiempo.

Dió Jorge dos apretones de manos á las hermanas, sin proferir una sola palabra. Entró en el cuarto de Mme. de Blanchemain que no comprendía nada de su emoción: recomendó á la buena señora que tuviese mucho cuidado con sus queridas vecinas, y sobre todo que no dejase de escribirle si ocurría algún grave incidente, y se marchó arrasados sus ojos en lágrimas.

XXIII.

LA DEBILIDAD.

La mujer, ese ser tan débil, tan delicado, tan frágil, por decirlo así, cuyas formas parecen destinadas al descanso y las ocupaciones frívolas; la mujer encierra en su corazón tesoros de fuerza y de energía, cuando su naturaleza no está alterada por las mil vanidades de una ficticia existencia.

Al contrario, el hombre que tiene la pretensión de la superioridad y de la impotencia, se encuentra desarmado y débil en los momentos de desgracia. Así no nos asombraremos de encontrar á Jorge enteramente mudado, continuando con su acostumbrada asiduidad sus diarias ocupaciones; empero no teniendo placer ni gusto en las diversas distracciones que le ofrecía la benevolencia incesante del barón y la baronesa de Wolff.

Pasábase el invierno en el silencio y el recogimiento. Algun mensaje, algun recuerdo venía de cuando en cuando á templar y mitigar los dolores

de la ausencia. Sin embargo, Jorge se hallaba desconsolado. Ya no tomaba como en otras veces la iniciativa en las conversaciones ni en los negocios: esperaba las órdenes y las ejecutaba con exacta puntualidad; pero su pensamiento se hallaba en otra parte. Representábase Juana sentada en un gran sillón, sumamente pálida, y su hermana velando a su lado, y Mme. Blanchemain conversando con ella para consolarla.

Juana en sus cartas no dejaba entrever ningún pesar: animaba á Jorge mostrando una alegría que este no quería creer, sabiendo que pesares y dificultades en sus negocios de interés turbaban el interior de aquella casa, donde él había tratado que renaciese la calma y la comodidad.

Los doce estudios que habían hecho para el Canadá se hallaban terminados hacia largo tiempo. Habían escitado la admiración del barón de Wolff y habían sido aprobados por Redouté, que era comensal de la casa. Encargáronse á las huérfanas nuevos trabajos que concluían reinando la actividad en el pequeño taller de la casa blanca.

En uno de los primeros días del año, recibió Jorge un cuadro que no había encargado. La carta de remisión le decía que era un cuadro hecho además sobre los doce, según el estilo del comercio. Aquel cuadro representaba un conjunto perfectamente pintado de *misotis* (no me olvidéis), de rosas, clavetes, dalias y de iris amontonadas con profusión en una cesta de musgo; una rosa blanca un poco lacia y ajada se hallaba como separada, fuera de la cesta, en el borde del cuadro, y parecía representar la firma de la artista.

Jamas obra alguna de arte fué mas completamente acabada por el pincel de Mignon, que ha llevado la delicadeza de lo acabado hasta los últimos límites, como se puede ver en sus admirables obras existentes en el museo de Louvre. Las *misotis*, ó no me olvidéis, se hallaban en muchos lados y salían aun por entre los mimbres y el musgo de la canastilla. Las gotas de rocío que se percibían en las corolas de los iris, eran diamantes de las mas bellas aguas. Dió Jorge un grito de admiración, y se hubiera puesto de rodillas delante de aquella página sin igual, á no haberla recibido delante de gentes. Permaneció mucho tiempo en contemplación delante de la cesta, creyendo ver agitarse aquellas frágiles flores por el viento, creyendo ver á Juana agobiada por el trabajo, encorvando su esbello talle delante de aquella obra admirable de trabajo y de paciencia.

Trató en seguida de comprender el sentido místico que podía tener aquella reunión de flores arrojadas con estudiado desorden, y ora fuese efecto de la casualidad, ora de la intencional, comparando aquellas flores colocadas de la manera que estaban, y tomando la letra inicial del nombre de cada flor, decían: *gracias*.

No le quedó duda de que la rosa blanca que se veía mustia y ajada, y cayendo en el borde del cuadro con una gota de rocío en el fondo de su caliz, era el retrato de Juana.

¿Cuántas horas pasó en silencioso éxtasis delante de aquel cuadro! Todavía se hallaba en el mismo sitio, cuando le entregaron una carta, cuya trémula escritura reconoció.

—Mi querido Sr. Jorge, decía esta carta, he prometido deciros la verdad, porque vuestras pobres niñas son demasiado altivas para quejar-se; pero yo no debo dejaros ignorar que tienen muchas penas, y la pobre Juana se halla muy débil. No conozco nada de sus negocios, porque no quieren decírmelos; pero he visto venir aquí á gente de justicia. Guardaos bien de venir; Juana no os perdonaría el que decayeseis de ánimo; únicamente yo os prevengo para que encontréis el medio por algun amigo discreto para velar sobre lo que aquí pasa: yo no sabré deciros cómo; pero tenéis bastante talento para poder encontrar en vuestro propio corazón alguna buena inspiración. ¡Adiós y valor!

«Vuestra afectísima amiga,

«Yvinda Blanchemain.»

Horrorosa pareció á Jorge esta situación. Saber que sus protegidas se hallaban sin defensa; que estaban espuestas á los tiros de poderosos adver-

sarios; figurarse á la pobre Juana agobiada por el trabajo y padeciendo, resistiendo por su energía que exigía le comprimiase y ocultase hasta su mas íntima amiga, Mme. Blanchemain, era para él un suplicio atroz. Creíase relevado de su promesa por el peligro en que se hallaba Juana. Iba á salir y marchar á San German, cuando encontró en la puerta de su habitación la simpática y afectuosa Borghese.

—¡Vais á ser siempre mi ángel de la guarda, querida Borghese! dijo haciéndola entrar en su habitación. Vos sola podeis salvarme, porque soy muy desgraciado, y no puedo tener otra confidente mas que vos, mi buena é indulgente amiga.

—Estais enamorado, Jorge, dijo friamente Borghese; no se necesita mas que miraros á la cara para adivinarlo; y si quereis tranquilizaros un poco y no tener esa cara tan trastornada, no habrá nada perdido. Se trata del cuadro que os han enviado. Y esas cartas que hay sobre la mesa. No os conozco, Jorge; tan afable como siempre sois, os habeis vuelto silencioso, huis de la gente, buscáis la soledad, os olvidais de la música y no tomáis parte en las alegres conversaciones. El mismo Mr. Wolff está alarmado; yo venia para oír vuestras cuitas y consolaros; veo que no podía llegar mas á propósito; pero ocultad un poco lo que os agita si es que quereis que sea yo vuestra unica confidente. Tened cuidado, porque lleváis vuestro secreto escrito sobre la frente.

—Gracias, querida Borghese, gracias; escucharé vuestros prudentes consejos; pero por hoy ya que me habeis dado bastantes pruebas de afecto y amistad para que pueda disponer de vos, me haréis el favor, os lo suplico, que marcheis inmediatamente á San German. Aquí tenéis las señas de la casa donde veréis á la que padece y á la que yo no puedo socorrer. Tratad de averiguar la causa de sus penas y darme el medio de remediarlas.

Y escribió sobre la carta misma que Juana había unido al cuadro estas mismas palabras:

«Mi querida Juana:

«Tened toda confianza en la amiga decidida y afectuosa que os presentará esta carta y acude en vuestro socorro,

»Jorge.»

Entregó esta especie de credencial á Borghese, que le prometió marchar en el instante mismo y volver en seguida. Apenas habían pasado dos horas cuando Borghese, acompañada de una doncella de su servicio, se hallaba en San German.

Estaban tan bien las señas de la casita blanca que la encontró fácilmente: vió inmediatamente á Juana que ocupada enteramente en sus pinturas y absorta en sus pensamientos, apenas la vió entrar.

—¿La señorita Juana? dijo Borghese, y quedó como asombrada creyendo encontrar facciones que no la eran desconocidas. Señorita, ¿reconoceis esta letra?

Y la presentó la carta con las palabras añadidas por Jorge.

Dió Juana las gracias con la mayor efusión, y dijo que sentía muchísimo la incomodidad que causaba á aquella señora; pero que no tenía necesidad de socorro alguno.

—¡Oh! señorita Juana! eso podeis contárselo á otros; pero no á una amiga como yo. A mi me gusta hacer con conciencia los encargos que me dan, y no debo quedar satisfecha con esa respuesta. Yo me llamo Borghese: soy una íntima amiga de Mr. Wolff; estamos todos llenos de aflicción al ver la mudanza que se ha verificado en las facciones, en la salud y en el carácter de Jorge, á quien queremos, porque es un honrado y excelente muchacho. Todas sus penas, todas sus inquietudes proceden de la situación en que cree hallaros, y como yo he tenido la fortuna de haberle algunos pequeños servicios, se fia enteramente en mi discreción y afecto, y me ha encargado le represente aquí, de lo que le doy las gracias, porque desde luego he visto que merecéis todo su cariño. Con que si verdaderamente

amais á ese pobre Jorge, al que parece habeis prohibido presentarse aqui, no sé por qué, es preciso al menos que me conteis vuestras penas. Si pudiérais ver á ese pobre jóven, ¡cuánta lastima os daría! Si le teneis desterrado, tal vez será por una prueba; yo no lo sé; pero dadme al menos los medios de que se ocupe en servicio y obsequio vuestro.

Y la alargó la mano en señal de sinceridad. — Señora, dijo Ana, quedamos muy agradecidas á vuestros cuidados. Sin embargo, ¿cómo queréis que la primera vez que os vemos, contemos á una persona, que sin duda nos honra mucho con su presencia, lo que al fin y al cabo es un secreto? ¿No sería esto esponernos, tal vez sin resultado, á una mortificacion todavia mas penosa? — Es verdad, señorita, no tengo derecho alguno á vuestra confianza; pero no la imploro sino para ayudar á ese pobre Jorge, á quien esperaria sin duda dar descanso, por el que tengo derecho á interesarme, y sabe que las penas que teneis, ó son negocios de interés, y entonces los amigos las pueden remediar; ó son, segun algunas palabras que Jorge ha dejado entender en su turbacion, enemistades, y entonces pueden combatirlas. Os suplico, señorita Juana, pues parece padeceis tanto, que no os deis dominar por ese silencio, que, aunque procede de una honrosa altivez, puede hacer la desgracia de todo el mundo, si os obstinais en él. ¿Tengo yo acaso trazas de curiosa y de introducirme en vuestra casa para sorprender vanamente vuestro secreto? Si mis sentimientos pueden leerse en mi frente, podréis conocer que mi único deseo es el de servir y salvar á Jorge, que no puede vivir en esta ansiedad. — Pues bien, señora, dijo Juana convencida por el aire de franqueza y de bondad de Mademoiselle Borghese; yo no quiero que nadie padezca por mí, y si la relacion de nuestras desgracias es absolutamente lo que deseais saber para cumplir vuestra mision, me someto todavia á esta necesidad.

Y enjugó su frente cubierta de sudor. — Hemos perdido ¡ay! á nuestra madre, y con ella lo hemos perdido todo! Debía una cantidad de diez mil francos á un pariente en el que depositó mas tarde una suma de treinta mil francos recogidos en la herencia de nuestro padre. Esta cantidad cubria su antigua deuda, y dejaba á disposicion nuestra, en poder de aquel pariente lejano, una suma de veinte mil francos, que era toda nuestra herencia. Nuestra madre guardaba preciosamente el recibo; nos hablaba todavia de él durante su enfermedad, y nos decia: «Hijas mias, yo os diré cuando llegue el caso donde encontraréis ese documento, porque tengo miedo de que me lo quiten por sorpresa. Sin embargo, hemos perdido á nuestra pobre madre y demasiadas penas nos ocupaban entonces para pensar en ese desgraciado recibo. Jamás lo hemos encontrado. Poco tiempo despues murió aquel pariente, y sus herederos, gente intratable, han venido á presentarnos el recibo de los diez mil francos que en otro tiempo debía nuestra madre.

Por toda respuesta nosotras hemos querido hacernos responsables de aquella cantidad, porque hemos preferido á todo conservar intacto el honor y el buen nombre de nuestra madre; pero con nuestras economias no hemos reunido todavia mas que una pequeña parte de esa cantidad. En vano hemos alegado que la testamentaria de aquel pariente nos debía treinta mil francos, y que aun nos sobran veinte mil despues de pagar la deuda de nuestra madre; no hemos podido presentar mas prueba ni documento que nuestra palabra, y no hemos tenido mas remedio que aceptar la responsabilidad de esa deuda, comprometiéndonos formalmente á su pago por un instrumento publico, y ahora quieren ejecutar-nos.....

— Pero eso es una iniquidad. ¿No habeis tomado á nadie por confidente en este asunto para que os aconsejase? Preciso es decirlo, pobres niñas, el documento que habeis aceptado y firmado es nulo, porque no erais mayor de edad, cuando habeis perdido á vuestra madre, y se ve que en este negocio hay bastante intriga y maquinacion. Es preciso que me deis el nombre de los

herederos que os atormentan y persiguen; ya les harémos ver que no tienen razon, y que no es tan fácil embrollar á otros, como lo han hecho con unas pobres niñas; pero sobre todo no firmeis nada, creedme.

Tenia Borghese tal aire de franqueza, tal energia y conviccion en sus palabras, que las inspiró confianza. Ana miraba á Juana como para tomar un consejo en sus ojos, y escribió algunas señas que dió á Borghese con algunos datos que pudieran servir de luz en el negocio y que se hallaban en papeles sellados.

— Ya veis como cedemos á vuestros deseos, dijo, y nos recomendamos á vuestra discrecion, porque nadie sabe todavia nuestro secreto.

— Eso se entiende, y no hay que hablar una palabra, dijo Borghese; ahora ocupémonos de ese pobre Jorge. ¿Le vais á tener todavia mucho tiempo haciendo una vida de penitencia? ¿Teneis, al menos algun consuelo, alguna cosa que darne para él? alguna cosa que haya pasado por vuestra mano, señorita Juana, para que la ponga en las suyas? ¡Es tan desgraciado!

Juana buscó y vaciló. — Si yo me atreviese, señora, os suplicaria que os encargais de un cuadro. Es el retrato de nuestra madre, y Jorge hace algun tiempo queria copiarle. Me parece que esta ocupacion le complaceria y le seria útil en este momento.

Descolgó el retrato, que besó con el mayor respeto y veneracion.

— Dádmele, dijo Borghese, es un pensamiento muy bueno.

— Permittednos, señora, que os demos un abrazo, dijo Ana.

— He traído á mi doncella conmigo, replicó Borghese; estad tranquilas; respondo de este precioso retrato que debeis mirar como un tesoro. Adios y gracias, queridas niñas, por haberme permitido cumplir mi mision. Buen ánimo, pronto tendréis tal vez noticias nuestras. Sobre todo, si aun es tiempo, no echeis ninguna firma.

Borghese, antes de despedirse, visitó con interés y curiosidad el modesto cuarto de las dos hermanitas. Entró en el cuarto de Mme. Blanchemain para darle gracias de parte de Jorge y renovar sus recomendaciones. Despues con una atencion muy particular, echó una mirada á la fachada de la casita blanca casi oculta entre el ramaje de los árboles, que la daban una graciosa y pintoresca apariencia.

XXIV.

MANTES LA LINDA.

Al fin tenemos un elemento para la actividad de Jorge que desfallecia en su soledad y en su impotencia. Tocó respetuosamente con sus labios el retrato que Borghese puso en sus manos; tal vez Borghese le habia dicho que Juana habia hecho lo mismo. Dió gracias á aquella excelente y digna amiga por haberla servido tan bien; empero tenia otras cosas que hacer que ponerse á dibujar.

La alta posicion que habia adquirido en casa de Wolff le dejaba para los casos urgentes toda su libertad. Recorrió los documentos que le habian entregado.

— No se ha perdido todo, dijo. Y marchó inmediatamente á Mantes, pais de los intratables herederos, que eran la causa de tantas desgracias.

Mantes, que llaman la Linda, y segun la opinion de todo el mundo, es digna de este nombre, le pareció el pais mas detestable. Jorge quiso obrar con prudencia, y se hizo anunciar en casa de Mr. Doucet, que perseguia tan cruelmente á las huérfanas. Presentóse como encargado de ofrecerle una transaccion en el negocio de las señoritas Duval. Hallóse con un hombre ya proveyo, de forma redonda, de carácter afable y un poco bromista. Todo en aquella casa anunciaba la abundancia y la comodidad.

— Caballero, dijo Jorge, vuestra buena acogida y vuestro aire de benevolencia me dan lugar á esperar que me ayudaréis á sacar á mis clientes de la penosa posicion en que se encuentran.

— Cierito, caballero, respondió el hombre gor-

do; las gentes honradas se reconocen inmediatamente; es como una especie de francmasoneria. Estoy persuadido de que vamos á entendernos; conozco todas las buenas cualidades de esas personas, que á fé mia son muy lindas, y aunque yo sea en este momento su adversario, ¡eh, eh! no puedo menos de hacerles justicia y de decir que son muy bellas.

— Caballero, dijo Jorge, supongo que estas son aqui para hablar de cosas serias.

— Perfectamente, caballero, perfectamente, como heredero de mi buen tio Doucet, á quien siempre lloraré, y como administrador de la herencia de este digno pariente, me encuentro en la necesidad de reclamar de las señoritas Duval, mayores de edad, la restitucion de diez mil francos que su señora madre debía á mi buen tio Doucet, con mas los intereses desde la fecha del recibo. Pero tranquilizaos. yo soy hombre que hago las cosas con la mayor amabilidad posible. En la ejecucion de mi mandato á las señoras.....

— Pero, caballero, sabeis muy bien que esas niñas no poseen nada en el mundo; que tienen muchisimas penas para adquirir lo necesario para su subsistencia con su trabajo.

— Sin duda; pero tendrán amigos, dijo riendo Mr. Doucet; tienen amigos, porque todo el mundo se interesa por las jóvenes lindas, y estas lo merecen bien.

— Y entonces, ¿por qué las haceis responsables de los compromisos de su madre, que no las ha dejado herencia alguna? Porque ellas no eran mayores de edad cuando quedaron huérfanas, y sabeis muy bien que no deben nada.

— ¡Ah, señor mio! replicó Mr. Doucet con aire penetrado, ¡qué poco conoce V. á las personas de que habla! ¡Qué corazon, qué abnegacion! ¿Sabeis que han hecho una accion extraordinaria y que en su dia les será contada en..... en el cielo?

— ¿Pues qué han hecho de extraordinario?

— ¡La piedad filial, caballero, la piedad! Han reconocido y confirmado espontáneamente la deuda de su madre cuando su mayor edad les ha permitido obligarse personalmente. No ha habido necesidad mas que de algunas amenazas, poca cosa: debíamos embargar los muebles, los retratos de familia, casi nada: todo ello no valia mil francos. Pues bien; han reconocido que deben diez mil francos. Esto es admirable, caballero.

— Y vos no tendréis sin duda intencion, dijo indignado Jorge, de prevaleros de un documento tan irregular; porque en fin, el motivo de la deuda no puede estar indicado alli.

— El documento está perfectamente en regla, dijo Mr. Doucet con un aire hipócrita. Pero permitid; habia varias clases de hacer un arreglo. Por de pronto, si hubieran consentido en ser un poco amables, y hubiéramos visto; se está dispuesto á todo, á entrar en transacciones cuando á uno se le trata de cierto modo, y tal vez este era su interés..... Pero son muy orgullosas, muy orgullosas: estiman su pobreza como una diadema, caballero, como una diadema, repito la palabra. Dios mio, esto es soberbio; pero entonces yo dije: mis lindas señoritas, volvedme mi dinero, ó dejadme embargaros, como en la ópera, ya sabeis

(Se continuará).

ESTE MUNDO ES UN FANDANGO.

NOVELA ORIGINAL DEL CORONEL

D. MARIANO RUIZ-LORENZO.

(Conclusion.— Véase el n.º 7.º)

— Pues no deja lugar á duda. Desea que asista, y esta es una predileccion marcada que significa mucho. Ademas, cuando yo salia de la subsecretaria, pasaba el señor ministro, que iba á su despacho, y me dirigió una sonrisa tan espresiva al corresponder con la cabeza á mi saludo, que no pude menos de considerarla como un feliz presagio.....

— Me parece que se las promete V. muy felices con demasiada facilidad, le interrumpió Dorotea.

—Si V. conociera como yo á S. E., no diría eso. ¡Ah, es un excelente sugeto! Se interesa tanto por el bien de la patria, es tan justiciero, tan imparcial, que basta que comprenda que un hombre es apto, que tiene buena imaginación, para que sin recomendación y sin nada le adelante en su carrera. Luego, aquel tacto político, aquella facilidad para comprender los más intrincados asuntos de Estado y darles una solución....

—Pero bien, interpuso Ana, ¿qué es lo que V. espera? Hace tan poco que ha entrado V. de auxiliar....

—Y solo supernumerario, añadió Dorotea.

—¿Y eso qué importa? replicó Atanasio. En el concierto de esta noche espero saber.... Porque la sonrisa del señor ministro y la indicación del subsecretario.... unidas ambas cosas, dan cierto significado, que solo comprendemos los que estamos algo duchos en la diplomacia.

—¿Y á qué hora es el concierto? preguntó Ana.

—A las diez, y siendo ya los tres cuartos, me es forzoso el dejar tan amable y grata compañía.

Se despidió con el mismo ceremonial; esto es, alargando la mano á Ana, y con mútuo saludo de cabeza entre él y Dorotea, quien exclamó luego que aquel desapareció:

—¿Es posible, Ana, que estes enamorada de un hombre tan insustancial?

—¿Es envidia ó caridad? interrogó Ana con mal humor, efecto también de lo mal que le había sentado la ida de su amante al concierto.

Y ya iban á enfrascarse en uno de los acalorados altercados que solían tener, cuando sintiendo la vibración de la campanilla de la puerta, suspendieron las hostilidades. Pero esta suspensión debía tener su fin y estallar con más fuerza cuando hubiese ocasión. Y la hubo, como verá el lector en el siguiente capítulo.

VII.

El que llamaba y entró sin más ceremonia en el gabinete, era D. Severo, padre de nuestras dos jóvenes, cuyo nombre estaba en contraposición de su carácter. Hombre en extremo obeso, cara redonda y sonrosada, tenía unos setenta años de edad, pero muy bien conservado; de manera que apenas representaba sesenta. Gastrónomo por excelencia, su principal ocupación era la de dar gusto al paladar. Antiguo jefe de Hacienda jubilado, le había quedado muy regular sueldo, con el que lo pasaba á las mil maravillas, sin darse un ardite por nada de cuanto en el mundo ocurría. Era muy amante de sus hijas; pero su carácter flemático y bonachón hacia que su autoridad, como amo de casa, tuviese poca influencia; y de aquí, y de ser de caracteres opuestos las dos hermanas, era el origen de que apenas pasase un día sin que hubiese entre ellas serios altercados.

Para más fácil comprensión de nuestros lectores, y evitarles la monotonía de dijo fulano y replicó zutano, etc., vamos á marcar la parte que cada uno toma en la animada conversación que va á mediar entre estos tres personajes, con las letras iniciales siguientes: la S. demostrará que habla D. Severo; la A. Ana, y la D. Dorotea. Hecha esta advertencia, diremos que entró el padre en el gabinete, y saludando cordialmente á sus hijas, exclamó:

—¡Jesus, qué calor tan sofocante!

Se sentó en una silla, y cogiendo el abanico que le alargó Dorotea y abanicándose con fuerza, prosiguió:

—Pues, señor... ¡Cómo ha de ser!... al fin.... no es una gran novedad, porque como dijo el otro....

—D. ¿Qué ha sucedido, papá?

—S. Nada, nada verdaderamente; y tal vez mucho, muchísimo.

—A. Pero nada y mucho son dos cosas distintas.

—S. Pues ahí verás, hija. Lo que para unos es nada, para otros es mucho.

—D. Vamos, acabe V. de explicarse.

—A. Sí, por cierto, pues nos tiene V. con cuidado.

—S. ¡Cosa más rara!.... ¿Quién había de creerlo? Aunque bien mirado, nada tiene de particular.

—D. Está visto, tiene V. gana de mortificarnos.

—A. Seguramente.

—S. ¡Gracias á Dios que una vez os veo conformes en algo!

—A. Pues no lo diga V. Ya se me ha quitado la gana de saberlo.

—D. A mí no. Diga V. papá, ¿qué ha sucedido?

—S. ¿No lo dije? Basta que la una diga sí, para que la otra pronuncie un no como una casa. ¡Qué bella hermandad!

—A. Cómo ha de ser.... Tenemos la desgracia de no estar acordes.

—D. Ciertamente. Vamos, papá, ¿qué ha ocurrido de nuevo?

—S. Si os empeñais, satisfaré vuestra curiosidad.

—A. La mía no, la de esa.

—D. Pues bien, sea. Diga V., papá.

—S. Bien mirado, no es una gran novedad; pero las consecuencias....

—A. (Riyéndose) ¿Qué tal, te vas enterando?

—D. Sí, tantos deseos tienes tú de saberlo, como yo.

—A. Estás equivocada. Me es igual.

—S. ¡Ea, basta, que ya me vais enfadando! Se acabó; ya no digo nada.

—A. Me alegro.

—D. ¡Vaya si estas refinada! V. tiene la culpa.

—S. ¿Yo?...

—D. Si señor. Las más de las veces da V. pié para que esa.... No quiero agriar mas la cuestión.

—S. Haya paz. Vamos, venid acá y os diré lo sucedido. Estoy seguro de que os sorprenderá tanto como á mí; porque, á la verdad, yo no lo esperaba. ¡Acaba de caer el ministerio!

—A. ¿Todo?

—S. Los siete.

—D. (Riyéndose). Muda completa.

—A. ¡Jesus, Jesus!.... ¡qué desgracia!

—D. ¡Grande por cierto!.... ¡Vaya una novedad!.... Tenía V. razón en decir que no era nada.

—A. ¡Lo que puede la ignorancia! ¿Con qué no es nada?

—D. Nada absolutamente. ¿A mí qué me importa?

—A. ¡Qué ideas tan egoístas!

—S. ¿Veis, hijas mías, como tenía razón? No era nada y era mucho. Hé aquí un cuadro vivo de lo que en política pasa en España. Basta que unos digan pares, para que otros digan noes. Nunca hemos de ir acordes, aun cuando en nuestras disensiones sacrifiquemos lo principal: el bien común.

—D. Pero en la presente cuestión, solo puede atribuirse á necia pedantería, á querer-se dar una importancia que verdaderamente puede calificarse de necedad, el tomar á pechos semejante accidente, que está ocurriendo bien á menudo. ¿Qué le importa á ella que mande Juan ó mande Pedro? Somos acaso empleados, ó cosa que lo valga?

—S. Verdaderamente....

—A. Eso es, apóyela V., y no habrá quien la resista. Dé V. la razón é ese desden, á esa indiferencia con que mira las cosas de la patria, de esa patria huérfana, desamparada, por haber tantos hijos espúreos que piensan como ella.

—D. (Riyendo á carcajadas). Qué gracia me hace tu acendrado patriotismo. Si fuéramos á averiguar la causa.... quizás diera la razón á... á tu egoísmo.

—A. ¡Y luego me acusas de refinada! En fin, doblemos la hoja, porque.... mas vale callar.

—S. Si, variemos de conversación que ya empezarán á venir los amigos, y no parece bien que se enteren de vuestra poca hermandad.

—D. Cuando ya no ha venido nadie....

—A. Ahí verás si ha causado impresión la novedad.

—D. Aun cuando no sea más que ciertos intereses, ciertas esperanzas burladas....

—A. Mas vale no hacerte caso.

—S. Haya paz. Callar, que creo han llamado. Será D. Fernando que no dejará de venir, suceda lo que suceda.

—A. Y que deberá venir á la casa de en frente á hacer siquiera un rato de visita á su amigo, uno de los ministros caídos. Si hubiera sido ministro del ramo....

—S. ¿Dónde está empleado Atanasio?

—A. Si señor. Estoy segura que se hubiera interesado por él nuestro amigo D. Fernando.

—S. Sin duda.

Apareció en la puerta del gabinete el espantajo de la criada, anunciando al Sr. D. Fernando de Soña, que entró dando la mano á su amigo y saludando á las jóvenes.

VIII.

Era D. Fernando de Soña un buen señor en toda la extensión de la palabra, que vivía de las rentas que le producía su caudal, pasando en la corte unas temporadas y otras en su país natal. Aunque hombre de más de cuarenta años, se hallaba bien conservado, y había malas lenguas que le atribuían cierta inclinación á Dorotea, que esta no parecía desdenar. Pero era tal el disimulo de uno y otro, que no había un solo acto, al menos ostensible, que pudiera aseverarlo. Trataba á las dos hermanas con mucha afabilidad y con la confianza consiguiente á la intimidad con D. Severo.

Oigamos á los cuatro personajes discurrir sobre la crisis, y al quinto, Atanasio, que aparecerá pronto, cuya parte en el diálogo marcaremos con At., y lo de D. Fernando con una F.

—F. Felices noches, señoras. Amigo, vengo de la casa de en frente.

—S. ¿De casa del señor ex-ministro? Ya lo dijimos hace poco.

—F. Ni un alma ha parecido esta noche por su casa. Fuera de dos ó tres amigos que le apreciamos y á su amable familia, con el mayor desinterés. Las señoras están tan desazonadas....

—S. ¡Lo que es el mundo! Luego que han sabido....

—F. ¿Y le coge á V. de susto?

—S. Al contrario. Cada vez estoy más convencido de que....

—D. Todo es una farsa. Intereses, intereses; hé aquí la opinión que prevalece.

—S. Sin embargo, yo conozco personas....

—A. Muy juiciosas, muy sensatas, de firmes convicciones políticas. Pero mi hermana por su corazón juzga el ajeno.

—D. Yo no niego que las haya. Pero es tan escaso el número....

—F. Demasiado cierto es por desgracia el parecer de V., señorita.

—S. Bien; y después de todo ¿qué sacaremos en limpio? Porque si he de juzgar por lo que pasa en mi casa, difícil es saber á que atenerse.

—D. La cosa es bien clara. Sabe V. que Ruidera es novio de Ana; que está empleado en el ministerio, y que con fundamento ó sin él, tenía esperanzas de que su jefe le adelantase en su carrera. Como ha caído....

Aquí fué interrumpida Dorotea por un fuerte campanillazo que se oyó, viéndose á poco entrar á Atanasio medio sofocado con la agitación que traía, habiendo atropellado á la infeliz criada, que quería detenerlo para anunciarlo con el ceremonial de costumbre; y arrojando el sombrero en una silla, exclamó con voz medio ahogada: ¡señoritas!.... señores!....

Y sin más cumplimientos se sentó en el confidente sin poder apenas hablar.

—A. ¡Jesus, Atanasio, qué fatigado viene V.!

—At. Hay ciertas impresiones que causan tal agitación....

—A. Ya.... pero deben tomarse con calma.

—S. Ciertamente. Además, V. está bien quieto, y no debe importarle nada la mudanza....

—At. ¿La mudanza del ministerio? Al contrario; la deseaba, porque....



CHINOS.

—D. ¿Qué tal?

—F. ¡V. la deseaba!

—At. Si por cierto. El que va á ser elegido ministro de mi departamento, ó por mejor decir, el que ya está elegido, pues á estas horas habrá jurado en manos de S. M. el nuevo ministerio, es mi antiguo protector el director del periódico donde yo escribía, que tan amigo es de mi padre; y no hace diez minutos que acaba de ofrecerme ir á provincia con doce mil reales; esto es, doblando el sueldo que ahora disfruto y con el que me era imposible atender á las próximas obligaciones que..... Con que me parece..... Me falta la respiración..... pero creo que me habrán VV. comprendido.

—D. (Riyéndose). ¡Perfectamente!

—A. ¿Quiere V. beber un poco de agua? Tranquilícese V.

—D. Si, tenga V. mas calma, porque..... Hermana, ¿qué dices ahora del cambio de ministerio?

—At. Supe la crisis cuando sali de aquí, y en vez de ir al concierto, me dirigí á indagar, y por las noticias que recogí pude deducir las probabilidades..... corri á casa de mi padrino, y....

Lo avanzado de la hora y la inconsecuencia de aquel charlatán, apuraron la paciencia de Don Fernando, quien cogiendo su sombrero y alargando la mano á su amigo D. Severo, con una significativa mirada, que fué correspondida por parte de este con un arqueamiento de cejas, cortó la conversacion, exclamando al mirar su reloj:

—F. Las doce: ya es hora de recogimiento. Hasta mañana.

Y saludando en general, desapareció.

Don Severo, que habia acompañado á su amigo hasta la puerta del gabinete, dijo á Atanasio:

—S. Habrá V. sentido la caída de su jefe.

—At. Yo le diré á V.: como ultimamente no corriamos bien.....

—D. Pues no decía V. hace poco, que era tan bueno, que le queria V. tanto, que..... Vamos, un cambio tan repentino, es.....

—A. ¡Tan repentino!..... Mas repentina ha sido la mudanza del ministerio, y ya ves que es un asunto mas grave.

—D. ¡Me hace gracia la salida!

—At. Ya se ve, no puede uno á veces decir todo aquello que siente, porque hay cosas.....

—A. Tiene razon.

—S. No puedo aprobar esa falta de agradecimiento, de consideracion siquiera hacia una persona á quien se debe.....

Mientras así hablaba D. Severo, cuchicheaban

los novios, saliendo del conciliábulo el espresarse Atanasio en estos términos:

—At. Sr. D. Severo, ya sabe V. mi buena suerte y lo que voy á ganar en poco tiempo. Espero, pues, que no nos negará V. su beneplácito, para que se cumplan los deseos de Anita y mios.

—S. Pero, amigo, esto debe mirarse con mas calma. Apenas ha caido el ministerio..... é improvisar así, sin mas ni mas, una boda..... Además, V. tiene padre, y las conveniencias sociales exigen que al menos.....

—At. Si señor, es cierto. Pero mi padre es un hombre ajeno á ciertas etiquetas de la sociedad; y todo lo que sea sacarlo de entre sus tertulones..... Cuanto yo haga dara por hecho. Por otro lado, V. conocerá que andarse en circunloquios ni rodeos de eso que se llaman conveniencias sociales, no es mas que malgastar el tiempo. En esta época, todo debe hacerse al vapor, osadamente. Y si no, vea V. cómo yo me fui derecho al grano. Si hubiera esperado á que el nuevo ministerio hubiese tomado posesion, de seguro habria llegado tarde. Tal vez mañana recibiré la credencial, y ya V. ve que no se puede perder el tiempo, porque tendré que marchar y....

—A. Eso es verdad.

—S. Ya sabe V. que la dificultad que oponia á su enlace con mi hija, era el sueldo tan escaso de que V. gozaba. Si efectivamente obtiene V. el nombramiento.....

—D. Se lo quitarán mañana: porque si volviessen los ministros caidos.....

—At. Eso es imposible. Si V. estuviera en ciertos secretos.....

—A. ¡Qué..... imposible! Tenian muchos enemigos, la opinion se manifestaba muy compacta, y no es facil.....

—D. Pues no pensabas así hace poco.

—S. Tiene razon.

—A. No habia necesidad de decir la verdad de cómo pensaba. Ahora lo digo francamente: me alegro que hayan caido.

—At. Si era consiguiente. Yo estaba deseándolo por momentos. Otros, otros que hagan la felicidad de la patria.

—D. ¡De la patria!..... ¡Pobre patria, todos la tienen en boca, y no hay cosa de todos mas olvidada!

—S. Es verdad, hija mia. Mira, ve si está la cena, porque es demasiado tarde. Y si el señor gusta.....

—At. Gracias. Con las impresiones recibidas en tan poco tiempo, se me ha pasado sin sentir la hora.

—S. Son cerca de las doce y media.

Saludó Atanasio y marchó, yéndose á cenar D. Severo y sus hijas.

IX.

Todo el dia siguiente lo pasaron las hermanas, especialmente Ana, con una gran ansiedad, por la noticia que les trajo la criada cuando fué á la compra, de que habia amagos de querer armar jarana. Esa es fruta propia del verano, esclamaba Dorotea; y disuadia á su padre para que no saliese de casa, como en efecto lo logró.

No cesaba Ana de ir y venir al balcón, procurando observar los semblantes de la poca gente que bastante de prisa pasaba por la calle, sin que de ello, ni del interrogatorio que sufrió el aguador, única persona que en todo el dia habia entrado en la casa, pudiese deducir cosa cierta.

Al fin llegó la noche y se sintió llamar. Ana acudió precipitadamente á abrir, prescindiendo por esta vez del severo ceremonial; porque no hay cosa que haga mas lisa y llana á las personas montadas en la exagerada etiqueta aristocrática, que las novedades de semejante jaez; é interrogó á D. Fernando, pues era él, con la pregunta que tan en boga se halla de ¿qué hay?..... la cual, á menudo sustituye á la de preguntar como antes, por la salud de la persona á quien se habla.

D. Fernando le contó que todo estaba tranquilo, y que lo de la jarana, solo habian sido voces esparcidas por gentes de no buena intencion. Y como al entrar en el gabinete fuera diciendo que habia otras novedades de importancia; D. Severo, que le habia salido al encuentro alargándole la mano, le preguntó tambien con el mayor interés.

—F. Amigo, si no lo hubiera visto y oido, no lo creyera. Porque parecia tan positivo.....

—A. Vamos, acabe V. de tranquilizarnos, don Fernando.

—F. No sé si conseguiré hacerlo con todos. Vengo de la casa de en frente.

—A. ¿De casa del ex-ministro? Qué, ¿le han desterrado?

—F. Nada de eso; al contrario. Subia yo la escalera, cuando suena un carruaje, me paro á ver quien era, y me encuentro con el señor ministro, que habia dejado de ser ex, pues acababa de ser llamado por S. M. para manifestarle que de ningun modo admitia su dimision ni la de sus colegas.

—D. ¿Con que ha resucitado el ministerio? ¡Lance mas peregrino!.....

—A. Vamos, eso no puede ser.



Fig. 1.ª

Electróforo de Volta.



Fig. 2.ª



Fig. 3.ª

Electrómetro de cuadrante.

—F. ¿No? pues venga V. y se desengañará. Con efecto, se asomaron al balcón apartando un poco la cortina, y vieron muy iluminadas las salas.

—S. ¡Y cuánta gente va entrando!

—D. ¡Y con qué sonrisa van todos! ¡Para el diablo que los crea! Pues, señor, ¡buena lección! Fué anunciado Atanasio, quien entró saludando y manifestándose muy placentero.

—A. V. sin duda no sabe....

—At. ¿Que la crisis ha desaparecido? Pues nada mas natural. La opinion pública se manifestó en favor del ministerio dimisionario, y S. M., con ese buen tacto que demuestra, sus deseos del bien general....

—A. Pero ahora....

—At. Ahora, quedarémos como antes. ¿Qué mal hay en esto?

—D. ¡Yo no he visto unas transiciones mas rápidas!

—A. ¡Transiciones!.... Dáles su verdadero nombre: llámalas diplomacia y acertaras.

—S. ¿Qué dice V. a esto, amigo?

—F. Que esto, ó cosa parecida, es lo que comunmente pasa, no solo aquí, sino lo mismo en Portugal, en Francia..... en fin, en todas partes.

—S. Entonces con razón podremos decir, que este mundo es un fandango.

—F. Ciertamente, amigo, y un tonto el que no lo baila.

—D. Si no da al traste antes de concluir el baile.

APENDICE.

Considerando al lector poco satisfecho con el final de nuestra novela, que no concluye la historia de los personajes que en ella figuran, como se hacia mas generalmente en las antiguas, cuyos autores apuraban la accion hasta que se casaban ó morían los actores que jugaban en sus fábulas, le diremos: que hemos narrado hasta donde hemos sabido, y que deseosos de complacerle, hemos procurado, algun tiempo despues, averiguar lo que ha ocurrido á cada uno de los cinco, resultando de nuestras eficaces indagaciones lo siguiente:

Que habiendo quedado cesante D. Atanasio de Ruidera, á resultas de ciertas medidas de economía para descargar el presupuesto, por las que fueron suprimidas las plazas de dos auxiliares, dos escribientes y un portero; no quedando á nuestro jóven sueldo alguno por sus cortos servicios, y habiéndose negado su padre á mandarle nada desde que habia sabido el abandono de los estudios para ser empleado; la necesidad, que tiene cara de hereje, hizo que el ya gallo hecho y derecho, se decidiera á ponerse en camino para su lugar, despues de haber pasado en la corte días amargos de desengaños de todo género.

Recibido por D. Bruno con la indulgencia propia del cariño paternal, se transigió todo, suscribiendo el jóven á dedicarse á la labor para ayudar á su padre, que ya era de bastante edad; mas sin dejar en las soledades que pasaba en el

campo, de seguir formando sus castillos en el aire, esperando para llevarlos á cabo, que hubiera un pronunciamiento para, á rio revuelto, sacar el partido que en otros habia visto.

Pero quiso su buena suerte, que olvidado de Ana y enamorado de una guapa lugareña, que sabia bien donde la apretaba el zapato; de tal modo lo dominó que, con gran beneplácito de D. Bruno, se hilbanó el casamiento, quedando trasformado Atanasio en poco tiempo, en un hombre formal, reflexivo, amante de su casa y familia, no pudiendo menos de avergonzarse cada vez que recordaba las escenas de la corte, en que habia hecho el principal papel, papel tan ridículo y despreciable.

D. Fernando, que llegaba la época de restituirse á su pais, pidió la mano de Dorotea, y con gran contento de D. Severo se hizo el casamiento tambien al vapor, por tenerse que marchar.

El honradote D. Severo murió de un ataque apoplético; y su hija Ana tuvo que recurrir á ponerse bajo la tutela de su tia, hermana de aquel; pues aunque la quedó horfandad, no era decente el vivir sola. Permanecia soltera, y lo peor de todo, sin esperanzas de variar de estado; pues los hombres de algun mundo huyen por lo comun de las mujeres, que con tales ideas y montadas al gran tono, sin tener intereses para sostener el boato en que sin poder han vivido, por la perniciosa condescendencia de los padres, no suelen ser mas que una carga muy pesada y un semillero de disgustos.

Restáanos solo hablar de la criada, y lo harémos por complacer en un todo al lector. Esta infeliz quedó sin acomodo luego que fué deshecha la casa de su antiguo amo. Mas despues de algun tiempo en que consumió la mayor parte de sus ahorros, halló al fin colocacion en casa de un maestro carpintero, andaluz por mas señas, hombre de ligeros cascos, que la trataba mal, y sobre todo, un dia que, segun estaba acostumbrada por su antigua señorita, entró en la habitacion donde comian sus nuevos amos, anunciando al señor tabernero de enfrente, que era paisano y amigo del maestro:

—¿Y por qué no entra? le preguntó el carpintero.

A lo que contestó el tabernero desde la puerta:

—Porque se le ha puesto en la cabeza á ese estafermo, que me le de esperar á que traiga el permiso. ¿Qué novedad es esta, compadre?

Agarrando el carpintero un tarugo que á mano halló, se lo tiró á la desdichada hiriéndola en la cabeza y diciéndola al propio tiempo:

—¡Anda con dos mil demonios, estampa de la herejía! ¿Crees que estás en casa de alguno de esos semi usias, montados, como dijo el otro, al estilo de quiere y no puede? Entré V. compadre, y no haga caso de esta bruja, que es capaz de dar un susto al mismo miedo.

Como era el tiempo tan caluroso, se le encontró á la desgraciada la herida y tuvo que marchar al hospital.

FIN.

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.— Véase el n.º 6.º)

Ya habian subido cerca de dos mil piés por cima del sitio donde pasaron la noche, cuando los conductores quisieron detenerse y trataron de impedir que se fuera mas lejos con sus mulas. El termómetro habia bajado á 36 grados, y el frio y la lluvia casi no dejaban fuerzas para sostener las riendas. Un golpe de viento hizo caer del caballo á Mr. Hamilton. El doctor Scot que iba mejor montado, se adelantó valerosamente hácia la base del pico, y lo espeso de la niebla bien pronto le ocultó á la vista de sus compañeros.

El doctor Galderoba quiso probar el seguirle; pero el viento llevó su mula hasta el borde de un horroroso precipicio, donde hubiera irremisiblemente perecido, así como su cabalgadura, si por dicha, el animal no hubiera quedado hundido en un hoyo lleno de cenizas volcánicas. Despues de este accidente, fué imposible al doctor el obligar á la mula á ir mas lejos. Otra mula corrió á ponerse al lado de una gran masa de lava donde perfió igualmente en permanecer inmóvil.

El guia y los conductores habian ya desaparecido. Los viajeros quisieron aprovechar el unico recurso que les quedaba para continuar su camino.

Ataron sus caballos y mulas á trozos de rocas, y se adelantaron á pié á lo largo de un valle que subia gradualmente hasta el pié de la gran pirámide, desde donde el pico sale como de un segundo cono. Sin embargo, despues de muchos esfuerzos vieron que el camino estaba intransitable. El valle se hallaba cubierto de una espesa capa de piedra pomez y de cenizas, donde se hundian á cada paso, y de donde salian un polvo y olor sulfuroso que impedia el respirar. No obstante la tempestad aumentaba; el termómetro habia bajado hasta el punto de la congelacion; la lluvia caía en gotas condensadas y de un gusto salobre. Por último, los viajeros estaban cansados, y las dificultades eran invencibles. En esta alternativa tomaron el partido de volver al sitio donde habian dejado las mulas y caballos. Desde que aquellos animales tuvieron la brida del lado de la bajada, partieron á gran paso costando tanto trabajo el sostenerlos para que no fuesen tan aprisa, como antes para hacerlos marchar.

Bien pronto se encontraron los viajeros rodeados de espesas nubes, y fueron inundados por torrentes de lluvia continuada por espacio de tres horas que duró la bajada. En seguida aclaró el tiempo, y se distinguió facilmente el vértice del pico cubierto todo de nieve.

Al llegar á Orotava, el doctor Guillan se vio

obligado á meterse en cama. El cansancio le habia ocasionado un violento acceso de fiebre; pero gracias á los cuidados hospitalarios de Mr. Sittle y al sueño, se restableció bien pronto. En cuanto á sus tres compañeros de viaje, aprovecharon desde aquel mismo dia, un baile al que se habia convidado algunas bonitas señoras inglesas y españolas, y los placeres de la noche les hicieron olvidar lo que sufrieron por la mañana. Al dia siguiente todos los viajeros volvieron á Santa Cruz.

Era sin duda muy cansado, y aun imposible el subir al pico de Tenerife, en el tiempo en que nuestros viajeros trataron de verificarlo; pero en otra estacion es mucho menos dificil la empresa. Mr. Johnstone, á quien se debe una descripcion de la isla de Madera, segun hemos dicho en un capitulo precedente, ha hecho tambien un viaje al pico de Tenerife, y en su relacion manuscrita, dice que, hallándose provisto de tiendas y de todo lo que fué necesario para una empresa semejante, habiéndose puesto en camino en el estío, y teniendo todo el tiempo necesario, lo consiguió sin mucho trabajo. Antes de llegar á lo último del pico, él y sus compañeros pasaron la noche en el punto donde terminó la excursion de nuestros cuatro viajeros.

«Allí, dice Mr. Johnstone, acampamos en un suelo cubierto de piedra pomez, y teniendo á cada lado una capa de lava. Tuvimos á nuestra vista una llanura estéril, y al Sud-este la gran isla Canaria, que parecia elevarse del seno de un inmenso campo de nieve, formado por las nubes que se hallaban por cima de nosotros. Al dia siguiente (1), hácia las cuatro de la mañana, siendo el tiempo muy hermoso, y la luna muy brillante, empezamos á subir por una especie de pequeños senderos que rodea al primer gran fragmento del cono, y conduce al mas alto, llamado el *Pan de Azúcar*. El piso es muy blando, y la piedra pomez que le cubre, y en la cual se hunde uno á cada paso, le hace muy desagradable. Despues de una hora de marcha llegamos á la Alta-Vista donde nos vimos obligados á trepar por la lava y saltar de una piedra gruesa á otra, hasta que llegamos al pié del *Pan de Azúcar*. El horizonte estaba muy claro al Sud-este; y al salir el sol, nos ofreció el espectáculo mas maravilloso. Descansamos en un pequeño llano; pero no permanecimos allí sino unos cinco minutos, porque como el aire era frio, temiamos constiparnos.

«Principiamos á escalar entonces al *Pan de Azúcar*: era la parte de camino mas cansada, porque estaba casi perpendicular y cubierta de piedra pomez, asi es que el pié se hundia á cada paso, y resbalándose hácia atrás. A cada momento nos veiamos obligados á detenernos para respirar. Sin embargo, no eran mas de las seis cuando llegamos á lo último de *Pan de Azúcar*. Muchas nubes se habian aparecido entonces acerca de una milla y media por cima de nosotros: eran espesas y hacian un efecto singular; parecian una vasta estension de mar dado y cubierto de un número inmenso de pequeñas montañas de nieve, por cima de las cuales las islas de Palma, Gomera, Hierro y la Gran Canaria, elevan sus cabezas. Cuando el sol estuvo un poco mas alto, las nubes se disiparon, y descubrimos fácilmente la costa, mientras que las personas que se hallaban en Orotava distinguian, por medio de sus telescopios, los pabellones que habiamos clavado en el pico.

«Cuando se está en él se goza de una vista muy romántica, y sobre todo muy estensa, porque no hay nada alrededor que pueda estorbar. Se vé toda la costa, y se juzga fácilmente del verdadero estado de la isla. El lado nor-este parecia bien cultivado; pero el del sud-este, agreste y estéril.

«Hay sobre el extremo del pico una escavacion de ochenta piés de profundidad; bajamos á ella y cogimos azufre, porque casi todo el suelo estaba cubierto de él. Habia allí sitios donde no pudimos permanecer un minuto sin sentir nuestros piés incómodos por el calor de la tierra. De allí se exhalan con frecuencia torbellinos de humo; inmediatamente debajo de la superficie de la

tierra, se encuentra una arcilla roja y blanda, tan caliente, que no puede tenerse la mano sobre ella un instante. En la esca acion del pico, el olor sulfuroso es insoportable; pero por fuera se encuentra mucho menos fuerte.

«Desde lo alto del pico, vimos perfectamente la ciudad de Santa Cruz y las embarcaciones ancladas en la rada, aunque habia en linea recta una distancia de cerca de 25 millas.

«Recibimos allí un barómetro que mandamos á buscar, porque el nuestro se habia roto á la subida; pero no nos apercebimos que el mercurio se habia escapado en parte, y por consiguiente, no pudimos hacer ninguna observacion con este instrumento.

«Permanecimos dos horas y media sobre el vértice del pico, sin esperar ni mucho frio ni excesivo calor. Bien pronto despues de salir el sol, el termómetro colocado á la sombra estaba á cincuenta y un grados. No nos fué necesario sino algunos minutos para descender del *Pan de Azúcar*. Encontramos que la mejor manera era el correr, así es que corrimos continuamente.

«Al pié del pico, y entre la lava, observamos muchos y grandes huecos de los cuales algunos estaban llenos de agua estremadamente fria y aun helada en las orillas. Algunos otros huecos estaban cubiertos por la nieve que cae en invierno, y que se conserva allí todo el año, porque los rayos del sol no los hieren nunca. Allí nos detuvimos hasta la noche.

«Mr. Johnstone, recordando una diferencia de cerca de seis millas que hay entre la latitud que el capitán Cook ha señalado al pié de Tenerife, y la que le dan las tablas de las efemérides náuticas, quiso tambien tratar de determinar aquella latitud. Despues de una observacion de una estrella fija, encontró que la latitud del pico no se separaba una milla de la que habia dicho el capitán Cook. Algun tiempo antes, Mr. Johnstone, hallándose á bordo de una embarcacion, y fuera del puerto de Orotava, marcó los ángulos formados en dos diferentes sitios por una linea que va desde el horizonte hasta el vértice del pico, y señalando en seguida con el loch la distancia que hay entre ellos, encontró que la altura perpendicular del pico era de 2,023 toesas inglesas, lo que es casi cerca de la misma elevacion que la que ha sido determinada por M. de Borda. Las observaciones que M. de Borda hizo con el barómetro en el pico y á orillas del mar, le dieron en dos brazas de diferencia, la misma altura que su medida geométrica.

«Segun la apreciacion de Mr. Johnstone, el pico está alejado del puerto de Orotava de 10,180 toesas inglesas, es decir, cerca de once millas y media, y él lleva al Sud 48° Oeste. La variacion de la brújula es de 16° al Oeste del polo.»

La tempestad que asaltó á nuestros viajeros en las montañas impidiéndoles llegar hasta la cumbre del pico, se hizo cruelmente sentir en la rada de Santa Cruz. El invierno parecia anunciarse con violencia; y sin embargo, no habia principiado sino un mes mas tarde que lo de costumbre. Muchas embarcaciones mercantes *garraron* (1); á otras se les rompieron sus cables, y fueron arrastradas á largas distancias. El *Hindoustan* perdió dos de sus anclas, y si hubiera continuado el viento, el buque habria corrido el riesgo de estrellarse contra las rocas. El *Lion* habia anclado probablemente en mejor punto, porque no *garró* y aunque no tomó precauciones para asegurar sus cables, ninguno de ellos se maltrató.

La única embarcacion que se encontró en la rada de Orotava se vió obligada á abandonar su cable; porque allí esta era la costumbre en los malos tiempos, y sobre todo cuando el viento del Norte sopla con fuerza. La rada de Orotava se halla enteramente al descubierto, y la marejada hiere la costa con tal violencia, que pocas veces puede un bote intentar abordar hasta ella: las olas al romperse cubren algunas veces el techo de las casas que estan á poca distancia de la orilla del mar. Comunmente hay necesidad de hacer flotar

las pipas de vino que se embarcan en este puerto.

En otro tiempo habia allí, hácia el lado Nor-oueste de Tenerife, un puerto muy cómodo llamado el *puerto de Garrachica*; pero fué cegado por la última erupcion del pico, la que tuvo lugar en 1704, y vomitó los fuegos y las lavas en distintos intervalos, durante el espacio de dos meses. Las materias volcánicas estan ahora en el sitio del agua, y las casas se elevan en el mismo punto donde se han visto anclar las embarcaciones.

La elevacion de las montañas de Tenerife hace que tengan una gran cantidad de nieve. Así los habitantes que se hallan debajo con una temperatura templada, pueden fácilmente hacer refrescar el vino que beben. En invierno los del pais llevan la nieve hácia la cumbre del pico y la depositan en las cavernas que se encuentran al pié de su gran cono, al lado de la *estancia de los ingleses*, y cuando llega el estío van á buscarla para llevarla á Orotava y á las otras ciudades que se encuentran á lo largo de la costa.

Todas las clases de plantas que producen Méjico y los demás puntos de América española se hallan cultivadas en un jardín á una milla del puerto de Orotava: de allí se debe trasportarlas á España. Esta es una empresa costosa, y que cualquiera que sea el éxito, prueba que el gobierno español tiene la laudable intencion de tratar de favorecer los conocimientos botánicos.

Las mujeres por lo regular no salen casi nunca de sus casas sino para ir á la iglesia. Las señoras viven todas en los conventos.

Mientras que los pasajeros del *Lion* y del *Hindoustan* estuvieron en Tenerife, se hablaba mucho de la aventura de una jóven que se habia negado á entrar en el convento: durante el tiempo de su noviciado, tuvo por casualidad la ocasion de conocer á un jóven que le inspiró una pasion muy dificil de conformarse con el voto de vivir en un piadoso y austero retiro. A pesar de la aparente libertad que tienen las novicias de cambiar de resolucion, este cambio no es menos dificil de ejecutar que raro. La jóven novicia se guardó bien de demostrar la menor repugnancia para la vocacion de religiosa, y sin dejar sospechar el secreto de sus intenciones, vió acabar todos los preparativos de la augusta ceremonia, en la cual debia pronunciar el último voto de renunciar al mundo.

En estas ocasiones es costumbre dejar las puertas del convento enteramente abiertas, ya para satisfacer la curiosidad de los espectadores, como para probar con esto que la que va á pronunciar sus votos, es dueña de abandonar el claustro ó quedarse en él. Por fin llegó el dia en que la misma novicia debia pronunciar su sentencia. Sus parientes y amigos habian asistido segun uso, para presenciar la ceremonia; y el jóven que disputaba al cielo la belleza que se queria sacrificar, no faltó entre la multitud de los espectadores. Se pronunció un sermón en el cual se alababa el celo de la victima, y se la exhortaba al valor; pero en el momento en que se la dijo se entregase á Dios, y renunciase á todas las afecciones del mundo, á todos los lazos de sangre, ó dejar para siempre el sitio santo que habitaba, tendió la mano á su amante que se adelantó para recibirla, y salieron juntos de la iglesia, donde los curas, las religiosas, los parientes y el pueblo se quedaron inmóviles de admiracion. La feliz pareja ganó prontamente un sitio seguro y no tardaron en casarse.

El obispo de las islas Canarias reside ordinariamente en la ciudad de las *Palmas*. Sus rentas, que no subirán á menos de diez mil libras esterlinas anuales, son empleadas en actos de beneficencia y de caridad, y todos los habitantes pobres de las islas Canarias las aprovechan.

Los asuntos de comercio no impiden á los habitantes de las islas Canarias entregarse á los ejercicios piadosos. El de Tenerife es casi el único donde llegan las embarcaciones extranjeras, y no es sino á Santa Cruz á quien se encarga las producciones del pais.

Estas producciones consisten principalmente en vino blanco, del que cada año se recoge cerca

(1) Primero de agosto.

(1) En náutica esirse hácia atrás un navio fondeado.

de veinticinco mil pipas. Una parte de este vino pasa á los establecimientos españoles de la América meridional. Los Ingleses esportan una gran cantidad á cambio de productos de sus manufacturas; y los Americanos de los Estados-Unidos toman el resto á cambio de trigo, de duelas, tabaco y caballos, que suministran á Canarias.

El tabaco es mirado allí como un efecto de contrabando; pero se le introduce furtivamente, y sobre todo en *Tiroconté*, porque la costa, siendo allí muy arenosa, permite á los botes cargados de mercancías prohibidas abordar durante la noche, y partir sin dificultad y sin retardarse; de esta suerte la ciudad de Tiroconté, desde hace poco, se ha aumentado y enriquecido. El uso del tabaco en polvo es general en Canarias. El gobierno hace vender á tan alto precio el que llega allí legalmente, que es imposible resistir á la tentación de hacer el contrabando: el monopolio real se estiende hasta la *orchilla*, de la que se sirve para la tintura: esta es una yerba de la naturaleza del liquen; tiene un tejido delicado, crece entre las rocas, y produce un color de violeta muy bajo.

El cultivo de las cañas de azúcar ha sido mucho más próspero en las islas Canarias que lo es en nuestros días. Una plantación que en otro tiempo tenía mil esclavos en Tenerife, no ocupa más que un corto número de brazos, y no da sino un corto producto.

(Se continuará.)

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR

D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuación.—Véase el núm. 7.º)

Tan necesaria es la literatura para la narración, como la acción para las grandes cosas: y aun el pueblo menos ilustrado, cuando se reúne y se eleva sobre su nivel habitual, como el Océano en la tempestad, ó en esas fuertes conmociones que sublevan sus olas; toma al momento algo de subitamente literario en sus insinios, y quiere que se le hable no en el innoble lenguaje de la *taberna* ó de la *figon*, sino en un lenguaje escogido y lleno de las imágenes más hermosas y magnánimas que los hombres han pronunciado ó pueden pronunciar en los días solemnes.—He tenido ocasión de observar por mí mismo, durante un largo discurso entablado casualmente en una revolución, entre la multitud y yo, que mientras más letradas eran mis arengas, mejor me escuchaba el pueblo; que la vulgaridad del lenguaje se captaba su desprecio, y que las palabras elevadas á la altura de sus sentimientos por los oradores, obtenían sobre aquel pueblo un ascendiente que se acrecia tanto como aquellos elevaban el diapason de su elocuencia.—¡La grandeza es la literatura del pueblo! sed grandes, y decid lo que queráis!

He aquí cómo la literatura eleva el espíritu á la acción; veámos ahora cómo consuela el corazón en la desgracia.

XXXIV.

Voy á estenderme, pues, todo lo que me lo permita esta conversación íntima.—Hay cosas que no se dicen más que una vez en la vida; pero que es necesario decir las, sin lo cual no comprenderías latamente la omnipotencia del sentimiento literario en la vida del hombre público y en el corazón del privado.

¡Lejos de mí la timidez de las palabras! Voy á mostraros mi alma en sus más recónditos senos.—El decoro de los escritores pusilánimes no permite que descubran la desnudez de su alma ante el público; pero el corazón henchido de amargura levanta aun en los pechos más varoniles las vendas que lo cubren con una especie de impudor, más casto en su esencia que el falso pudor de la conveniencia social.—Si el *Laoconte* no

hubiera estado desnudo cuando se retorcia sobre el mármol, torturado por los dobles nudos de la serpiente, no se hubiera visto su martirio.... ¿Qué importa que el corazón se despedace? ¿No estalla la inspiración á impulso suyo?

A pesar de engañosas apariencias, mi vida no debe ser envidiada; diré más, ha concluido, y no hago más que sobrevivirme.—De todos aquellos hombres múltiples que existieron en mí hasta cierto grado; hombres de sentimiento, poesía, elocuencia tribunicia y de acción, tan solo queda el literato.—Y aun este no es feliz. Los años no me agobian aun bajo su peso; pero los cuento ya, y siento que soporto con más fatiga el peso de mi corazón que el de los días que han pasado por mí. Estos, como las fantasmas de Macbeth, al pasar sobre mí frente, me muestran con temblorosa mano, no coronas, sino un sepulcro; ¡y ojalá me hubiera ya adormido en su recinto!

XXXV.

No tengo á que sonreírle, ni al pasado ni al porvenir; envejeczo sin posteridad en mi desierta mansión, rodeado de las tumbas de los que amaba; no doy un paso fuera de mi habitación, sin que tropiece con uno de mis cariños ó de mis esperanzas, que son otras tantas fibras sangrientas arrancadas de mi corazón aun palpitante y sepultadas antes que yo; mientras que mi corazón late todavía en el pecho mío, como un reloj que han olvidado de parar su cuerda al abandonar una casa, y que da en el vacío horas que nadie cuenta ya.

Todo lo que me queda de vida, está reconcentrado en algunos corazones y en una modesta herencia; esos corazones sufren por mí, y en cuanto á la herencia no sé si seré desposeído mañana de ella, para ir á morir como dice el *Dante* en algún camino extranjero.—Los morrillos del hogar en que mi padre apoyaba sus piés, y en los cuales apoyo los míos actualmente, son, digámoslo así, prestados, y que pueden derribarlos ó venderlos á pública subasta, así como la cama de mi madre, y hasta el perro que viene á lamer piadosamente mis manos, cuando ve mi entrecejo frunciendo angustiosamente mientras lo miro. Todo lo que tengo se lo debo á los que han depositado en mí la herencia de sus hijos y el fruto de sus sudores, fiados en mi honor y laboriosidad. Si no trabajase diariamente para ellos; ¿qué digo? si durmiera toda la noche, ó si una enfermedad (que Dios me preserve de ella antes de que llegue la hora) detuviera mi pluma por un momento, que es la herramienta asidua que uso en beneficio de ellos; esos amigos leales peligrarían conmigo; se verían obligados de buscar su fortuna en mis cenizas, y la encontrarían entera indudablemente, pero á costa de mi existencia.

XXXVI.

He aquí por qué soporto á menudo la ruda tarea de un trabajo superior á mis fuerzas.—¡Pues bien! ese trabajo, esa virtud forzada; pero, en fin, esa virtud de la necesidad, se me echa en cara como si fuera una sed vanidosa de reputación que haga resonar mi nombre en todas partes.—Hombres inconsecuentes en vuestras acriminaciones, ¿por qué no acusáis también al que pulveriza las piedras del camino, de molestaros con su presencia en la vía pública, para llevar á la noche el fruto de su jornal á una mujer, un niño y un anciano, que componen su familia?

Los niños de los *Samios* insultaban á Homero por que decían que este obstruía los caminos de la isla recitando sus versos de puerta en puerta.—¿A dónde había de ir á recitarlos sino á los caminos, cuando no tenía más publicidad que la de la bóveda celeste? La prensa es hoy para el escritor lo que el firmamento para Homero.

Es verdad que no soy un Homero; pero mis críticos son más duros que los suyos; y sabed, por último, que esas páginas que me reconviene de acumular montones de vanidad, están escritas no con tinta, sino con el sudor de mi frente.—No es mi nombre el que trato de engrandecer, es la prenda de aquellos para los que mi nombre

es su propiedad y su sustento.—¡Mi nombre! ¡Ay! Sé tan bien como vosotros lo que vale y lo que le espera, y quisiera de todo corazón (el cielo me es testigo de ello) que nunca se hubiera pronunciado.—Daría los días que me quedan de vida, porque estuviera sepultado conmigo en el silencio del sepulcro, sin que quedase una memoria en este mundo, ni un recuerdo de lo que fui sobre mi tumba.—Confieso que es necesario suponer una gran dosis de puerilidad en un hombre que ha vivido lo que yo, y que ha visto lo que he visto; para creer que desea ese eco del no ser que se llama la memoria de los hombres. ¡Viva yo en la de Dios, que la de los hombres no me importa! La vida no es ya nada para mí.

La vida, en mi situación, y después de las vicisitudes que he sufrido y que soporto, se asemeja á esos espectáculos de los cuales se quiere salir el último, y en donde se detiene uno á pesar suyo esperando que salgan los demás: la sala queda vacía, se apagan las lámparas, la escena se desnuda con lúgubre ruido de sus decoraciones, y la invaden la sombra y el silencio, realidades siniestras que se apoderan de aquel escenario, poco antes tan iluminado y lleno de ilusiones.

XXXVII.

¿Qué puedo echar de menos en esta vida? ¿No he visto morir antes que yo todos mis pensamientos? ¿Tengo ganas de cantar todavía con voz apagada estrofas que terminarían en gemidos? ¿Tengo gusto de entrar nuevamente en los debates políticos, que, aunque se renovaran, no conocerían ya nuestros acentos póstumos? ¿Tengo una firme esperanza en esas formas de gobierno, que el pueblo abandona apenas las adquiere? ¿Seré bastante loco para creer que edificaré en mármol ó en bronce, una estatua colosal del género humano, cuando Dios tan solo ha dado para ello á los mejores estatuarios, un poco de tierra ó de lodo? ¿De qué sirve vivir para contemplar en torno nuestro, las ruinas de lo que hemos construido en nuestro pensamiento? ¡Felices los hombres que mueren en medio de sus afanes heridos por las revoluciones á que se han mezclado! ¡Es verdad que la muerte es su suplicio; pero también es su asilo! Y el suplicio de vivir ¿no lo tomáis en cuenta?

XXXVIII.

En cuanto á mí, ya hubiera muerto mil veces como Catón, si profesara la religión suya; pero adoro los designios del Criador; creo que la muerte resignada del último mendigo en un poco de paja, ¡es más sublime que la del impaciente Catón al matarse con su espada! Morir es huir! Yo me quedo. Catón se rebela, el mendigo obedece: ¡obedecer á el Señor es la única, la verdadera gloria!

Además, una reflexión que considero justa, condena todas esas muertes de ostentación ó de impaciencia.—Héla aquí: «O la vida es un don, ó un suplicio.» Si lo primero, es necesario saborearla hasta el fin como un beneficio, amargo algunas veces, pero que no deja de serlo por eso; y si lo segundo, es necesario soportarla como una misteriosa y meritoria espionaje de nuestras faltas.

Es verdad que vivo; pero como podéis juzgar, no es nada halagüeña la existencia mía; y desafío hasta el mismo Catón de estar más hastiado que yo de la vida.—Cuento una por una mis desgracias, y aunque las siento todas, no maldigo ninguna.—No acuso á los hombres, no; sería una injusticia, porque los he encontrado buenos; la suerte es la que ha sido cruel conmigo: esta es la verdad.

XXXIX.

Así es como vivo, y sin embargo, es necesario decirlo: algunas veces soy feliz aunque sujeto en la picota del trabajo forzado, que no deshonra, pero que mata; y si soporto la vida, es en virtud de ese trabajo eterno que es la condición mía.—Todo no es suplicio en él, no. El trabajo hasta la muerte, como los demás suplicios que nos ha im-

puesto la Providencia, tiene su gota de consuelo, mezclada con la amargura que bebemos en él.

He renunciado para siempre el representar ningún papel en el mundo, porque os confieso sin trabajo, y os lo digo ante Dios, que tan solo cumplía una consigna, y al retirarme de la escena, me he despojado del vestido, mientras yo me he quedado intacto.—En mis decepciones, nada me era personal; trabajaba por la humanidad, he muerto para ella, ¡que Dios la asista! El hombre no puede nada.

XL.

Tomé parte durante veinte años en ese triste drama oratorio ó popular de mi patria; pero el disgusto del pueblo y la inestabilidad de las cosas humanas me han colocado en el rango de los mas oscuros espectadores: no me quejo, porque es el buen lado de las desgracias, y cuando la multitud se precipita hacia donde no se quiere ir, el hombre solo es dichoso.

Mi existencia por lo tanto me pertenece, me envuelvo en mi oscuridad, la estrecho mas y mas de dia en dia, como si fuera una capa de invierno envuelta sobre mi cuerpo.... ¡Quién pudiera hacer lo mismo con mi nombre! ¿De qué proviene, pues, me diréis, esa felicidad intima tan contradictoria con la penosa situacion que acabais de pintarnos? Explicadnos esa contradicción aparente.—Una palabra os la explicará, y es por ella que queria concluir esta primera plática.—*Soy literato*, y vivo, gracias a esa pasion de la literatura, en sociedad con los hombres que me han legado su alma en sus libros, como les legaremos una partícula de la nuestra a nuestros descendientes: mi alma se distrae, se edifica y se fortalece en la sociedad de los muertos, y es por eso que independientemente de los beneficios y las influencias que tiene en sí la literatura, gozo al pensar que dicho trabajo, placer para unos, pena para otros y deber para mí, no será enteramente perdido para aquellos á quienes debo el fruto de mis vigilias.

SEGUNDA PLÁTICA.

I.

La palabra literatura se deriva de *littera*, que significa letra: solo que han confundido la partícula con el todo.

Las letras son signos, que reunidos y combinados de distintos modos, según las reglas gramaticales, componen las palabras.

Estas encierran las ideas: y contenidas estas en aquellas, y encadenadas según las reglas de una lógica interior, forman frases y sentidos completos.

Las frases, encadenándose y desenvolviéndose á su vez, presentan un crecido número de ideas de sentimientos ó de imágenes ante el espíritu, á fin de comunicar al que las lee ó al que las escucha, el pensamiento ó la emoción del que habla ó del que escribe.

Este es el fenómeno, mitad material y mitad intelectual, de la traslación del pensamiento de uno en el espíritu de otro; ó del pensamiento de uno en el de todos.

Dicho fenómeno era necesario en el plan divino, para que el hombre pudiera comunicarse con sus semejantes.—Sin esa comunicacion de los vivos con los vivos, y de los muertos con sus descendientes, el hombre hubiera sido un sér eternamente aislado, como un gran sordo-mudo de ambos mundos.—Hubiera habido hombres, pero no sociedad ni humanidad.

La literatura es la que opera este fenómeno de la trasmision del alma, no ya de hombre á hombre, sino de un siglo á centenares de siglos; porque es la repercusion del sonido, de los signos, de la palabra y del pensamiento, hasta el infinito.—Es el eco universal y eterno del mundo intelectual.

El hombre es un sér expresivo.

II.

¿Cómo se efectúa esa repercusion misteriosa del pensamiento en el pensamiento?

Por medio de los idiomas.

¿Qué son idiomas?

Los signos y los sonos que esprimen la palabra.

¿Y qué es palabra?

El cuerpo del espíritu, por decirlo así.

La palabra es tan inconcebible, que se necesitan estos dos términos contradictorios, para dar una idea de lo que es el cuerpo y el espíritu.

III.

Se han escrito volúmenes sobre volúmenes de infinidad de controversias sin solución, discutiendo el origen de la palabra.—Unos lo atribuyen á la revelacion directa del Criador á la criatura; otros á la invencion del hombre, que por una lenta elaboracion del instinto y por medio de sonos y de signos, ha tratado de hacerse oír y comprender.

Hé aqui lo que escribiamos no há mucho tiempo sobre dicha cuestion, ó por mejor decir, misterio.

«Nos compadecemos sinceramente de los filósofos que discuten hace siglos para saber si es el hombre el que ha inventado la palabra. Tanto valdria, á nuestro modo de ver, el discutir si es el hombre el que ha inventado el pensamiento: es decir, si el hombre se ha creado á sí mismo, porque nos es tan imposible el concebir el pensamiento sin la palabra, que es la que nos da la conciencia de él, como concebir la palabra sin el pensamiento, que es el que la constituye.—El hombre ha podido inventar los idiomas derivados, que no son mas que las modificaciones de una palabra primitiva y revelada; ha podido construir y reconstruir idiomas posteriores é imperfectos con los restos de la lengua perfecta y primitiva, que le fué dada sin duda, al par que la existencia, por el que le habia dado el pensamiento ó la voz interior y exterior; pero haber creado el lenguaje antes que el pensamiento, ó el pensamiento antes que aquel, nos parece un esfuerzo superior á la humanidad; es decir, un milagro de la Omnipotencia.—Las palabras contenidas en el idioma primitivo, debieron ser reveladas divinamente al hombre, el dia en que su alma pensó; es decir, el dia en que fué creada con la facultad de tener sensaciones, y producir y combinar ideas, tener la conciencia de la existencia suya, y de las cosas existentes en ella y fuera de ella.

«Con esta revelacion probable de la palabra hablada ó del lenguaje innato, nació tambien la primera literatura del género humano; ó por mejor decir, la expresion de la humanidad por medio de la palabra, que es el único lazo intelectual que une á los hombres; ó esa sociedad intelectual, en fin, de la cual debia surgir y perpetuarse el espíritu humano».

El hombre, por consiguiente, es un sér que necesita darse á comprender interior y exteriormente para serlo, y no lo es completo sin saberse esprimir.—La palabra ó los idiomas es, pues, según nosotros, una de las funciones orgánicas de la humanidad, porque es imposible el concebir una humanidad sin la palabra.—Desde el dia en que vivió, há hablado.

IV.

En cuanto á la palabra escrita que ha producido la lectura, y esta el arte literario, se concibe perfectamente que, siéndolo el escribir los signos y los sonidos, haya sido inventado por los hombres; y en eso no hay nada que sobrepuje sus fuerzas.—Desde el instante en que Dios le reveló divinamente la palabra y la inteligencia suya, le dió en ella un instrumento capaz de adecuarse á toda clase de modificacion y progreso.

Los hombres, al hablar, han podido decirles á los que los comprendian: convengamos entre nosotros, que tal signo significará, para la vista y el espíritu, tal cosa ó tal idea, y que cuando leamos dicho signo en la arena, en las piedras, en papiro, en pergamino, en vitela ó sobre sel-

papel, creerémos oír tal son, ver tal imagen ó concebir tal idea.—Nada mas simple: los hombres al inventar la escritura, no estaban colocados en el círculo imposible del de la palabra; y siéndolo aquel.... ¿por qué era necesaria la palabra preexistente para convenir en la significacion de ella misma, en donde el mudo tenia que hablarle al sordo, y este escuchar á aquel?

Por lo tanto, todas las tradiciones antiguas hablan de un inventor, ó de varios, que inventaron la escritura; pero ninguna habla del de la palabra.

V.

Así, desde el dia en que fué escrita por el hombre la palabra que Dios le habia dado, este, como sér sociable, expresivo y perfectible, se confeccionó.

«Examinemos aun lo que es el hombre; y olvidándonos de que somos una de esas miserables y sublimes criaturas, denominadas con ese tan triste como hermoso nombre en la creacion universal; y escapándonos por medio de un esfuerzo prodigiosamente elástico de nuestra alma imaterial é infinita, de esta red de materia, organizada de carne, huesos, músculos y nervios, en la cual está misteriosamente aprisionada nuestra alma, y suponiendo que somos una inteligencia tan pura como omnipotente, capaz de abrazar y comprender el universo, preguntémos: ¿qué es el hombre?»

El hombre es un poco de polvo organizado: y polvo prestado por algunos años á ese pequeño glóbulo de materia flotante en el espacio, que la denominamos con el nombre de tierra.—¿Y qué es la tierra, me diréis? No lo sé. ¿Será tal vez un salpicon igneo de lava resfriada y lanzada por la impulsión rotatoria de un volcán celeste en erupcion, ó bien un grano de polvo etéreo levantado por el viento, en la carrera de algun astro de magnitud desmesurada, ó un átomo de humo negro y calcinado, emanado del hogar del sol? Poco nos importa eso.—Sin embargo, la incalculable pequeñez y la prodigiosa insignificancia numérica de dicho átomo, comparado con la inmensidad del espacio y el número de mundo que lo pueblan, debería inspirar menos orgullo á los hombres y á los pueblos, que se encarnizan por disputarse mutuamente superficies de apercebidas, ó por crearse en el vacío del espacio y del tiempo, lo que llaman una memoria eterna.

El hombre considerado como sér corporal, no es nada en este raquitico planeta. Pero el hombre considerado como lo que es, es decir, como un sér de dos naturalezas, ó como punto de union entre la materia y el espíritu, ó entre el no sér y la Divinidad, cambia lo alente de aspecto.—¡El hombre átomo aho en un rayo perdido de sol, y que se confunde por su imperceptibilidad con la nada, se acerca á la divinidad transformado en su grandeza!

VI.

¿Y por qué? Porque piensa.—Y piensa porque tiene la palabra, porque esprime y acumula por medio de ella idiomas hablados y escritos, y sentimientos, ideas, verdades y adoraciones, que lo elevan desde la nada hasta lo infinito.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

LA CANDELARIA.

EFEMÉRIDES RELIGIOSAS.

La festividad que celebra la Iglesia católica el dia 2 de febrero, por la profusion de velas que lucen en ella en las manos de los fieles, bendecidas ya por la Iglesia, ha tomado el nombre de la *Candelaria*, aunque estas velas no sean mas que un accesorio de dicha festividad. Representa dos hechos de la historia evangélica: la

presentación de Jesucristo en el templo y la purificación de la Virgen María, su madre. Nos ocuparemos primero de estos dos puntos principales, y en seguida hablaremos del origen de la bendición de las velas y de la procesion que se hace en esa solemnidad con cirios, que el clero y los fieles llevan encendidos en las manos.

El Evangelio nos refiere que por obedecer á la ley judaica, María, la madre inmaculada del Hijo de Dios, se dirige al templo de Jerusalem para purificarse. Toda madre despues de su alumbramiento era separada de la compañía de los demás: se la consideraba como una persona impura. Para limpiarse de esta impureza legal, era preciso presentarse en el templo á los cuarenta dias, si era varon del nacido, y á los ochenta, si era hembra. A esto se llamaba la ceremonia de la Purificación. María, la mas pura de las madres, se sometió á las prescripciones de la ley, á pesar de que no debían alcanzarla. Otra ley ordenaba se ofreciese al Señor todo primogénito; pero como Jesus era descendiente de la tribu de Judá, y solo á la de Leví estaba reservado el sacerdocio, el Hijo de Maria debía de ser rescatado por una ofrenda. Esta para María y José fué la de los pobres, dos tórtolas: era preciso que en todo resplandeciese la humildad que no cesó de tener el Salvador desde el pesebre hasta el Calvario.

Así en esta doble festividad, la Iglesia canta ese bello himno del poeta cristiano, del que la traduccion no puede menos de alterar la belleza: «Naciones, llenas de admiracion: ¡un Dios se hace victima! El legislador obedece á su propia ley. El Redentor del mundo se rescata. Una madre sin manchá va á purificarse.»

La Iglesia griega á esta doble fiesta le ha dado el nombre de Hipante, es decir, *Encuentro*. La razon de esto es el hecho sorprendente que nos refiere el Evangelio. En el momento en que Maria lleva al templo á su divino Hijo, el santo anciano Simeon, acompañado de Ana, la profetisa, le halla en el pórtico: toma al punto en sus brazos al Hijo de Dios, y mostrándole á su Madre, le dirige estas palabras de una profunda significacion: «Hé aqui el que ha nacido para la ruina y para la resurreccion de muchos en Israel: este será el signo, al que se contradecirá. Madre, tu alma será traspasada por una espada de dolor.»

¿Hay profecia alguna que se haya cumplido de un modo mas manifiesto que está? Ese niño, que como canta en seguida el anciano profeta, viene á iluminar á las naciones y á sacarlas de las sombras de la muerte á que se hallaban sentadas, vivió toda su vida espuesto á la contradiccion. Cristo y su doctrina tuvieron por adversarios al judaismo, al paganismo, á la filosofia mundana con sus razonamientos, sus sarcasmos y sus cadalsos. Esta implacable guerra continúa hace mas de diez y ocho siglos; y sin embargo, ese signo, ese estandarte espuesto á los desencadenados vientos de las herejias, de los escándalos, de las pasiones y de la impiedad, se mantiene siempre firme en su altura, mientras las naciones, las instituciones, las dinastias pasan, se hunden y desaparecen. Este es el hecho notable que nos presenta el *Hipante* griego en el encuentro de Maria y Jesus con el santo Simeon en el pórtico del templo celebrado en esta solemnidad de la Candelaria. ¿Qué mucho que la Iglesia en este día simbolice con numerosas luces ese astro bienhechor que se eleva sobre el horizonte para inundarle con sus resplandores, es decir, nuestro Señor Jesucristo, el verdadero sol de la justicia? Al aspecto de esas numerosas velas benditas y encendidas, que el clero y los fieles tienen en sus manos en la fiesta del 2 de febrero, no debe sorprendernos que el pueblo le haya dado el nombre tan vulgar, pero tan característico, de *Candelaria*. Mas esa profusion de luces, esa procesion que precede á la misa, ¿no es mas que una imitacion de solemnidades análogas que tenían lugar entre el paganismo? Esto es lo que vamos á examinar rápidamente.

Hacia el 5 de este mes celebraban los paganos las Lupercales, en honor del Dios Pan. Se hacia una lustracion en los barrios de la ciudad de Roma. Inmolábanse cabras blancas. Los sacer-

dots se cubrían con la piel de aquellos animales y recorrian las calles dando latigazos á las mujeres para procurarlas felices partos. Esto en nada se parece á la Candelaria cristiana. Otros dos ritos idólatras ofrecen al parecer mas analogia. Los Romanos, orgullosos por haber subyugado al mundo, hacian procesiones que se llamaban *Amburbales*: llevaban en la mano hachas encendidas para regocijarse de las victorias que les habian sometido el universo. Además, en honor de Céres, corrian aquellos pueblos durante la noche llevando hachas en memoria de aquella diosa que, despues de haber encendido antorchas en el monte Etna, recorrió la tierra para descubrir á su hija Proserpina que le habian arrebatado. El sabio é ilustre Papa Benedicto XIV cree que, así como San Jelasio abolió las Lupercales, el Papa Serjio substituyó á las *Amburbales* la procesion del 2 de febrero. Así produjo un cambio en los Romanos entusiasmados con aquellas piadosas y espléndidas carreras nocturnas por las calles, haciendo convertir al culto del verdadero Dios las costumbres del paganismo. En vez, pues, de celebrar como en las *Amburbales* el triunfo de Roma sobre las demás naciones, celebró otro triunfo mas pacifico y mas saludable, que ha asegurado el cristianismo á aquella ciudad, hoy capital del mundo sometido á la cruz. Si el cristianismo no hubiese en su culto de haber presentado nada semejante á las prácticas paganas, sino que todo hubiese de ser diametralmente opuesto á ellas, de seguro que no podría existir culto alguno exterior; habria que haber desterrado hasta el mismo nombre de Dios, porque el paganismo daba este nombre á su *Jupiter Tonante*. Esas analogias no son, pues, ni una emanacion, ni una imitacion: el espíritu, y esto es lo esencial, es en ellas completamente diferente, distinto. Terminaremos traduciendo el bello cántico de Simeon cuando tenía en sus brazos al niño Jesus, despues de haber predicho á Maria el misterio de la redencion que el Verbo encarnado iba á verificar sobre la tierra.

«Señor, vuestro servidor podrá al presente morir en paz, segun la promesa que os habeis dignado hacerle.»

«Porque mis ojos han visto al Salvador que nos enviáis.»

«Han visto á *Aquel* mismo á quien destináis á ser colocado á la vista de todas las naciones.»

«*Aquel* á quien enviáis como la luz que debe iluminar á los pueblos. *Aquel* que será la gloria de la nacion privilegiada de Israel.»

No hay, pues, necesidad, como conocerán nuestros lectores, de ir á buscar en los ritos idólatras la costumbre secular de encender muchas luces en esta fiesta, y de darle el nombre de *Candelaria*, una vez leído el último versículo de ese cántico sublime.

En este día 2 de febrero de 1300 se estableció el jubileo por el papa Bonifacio VIII.

El 6 de febrero de 1740 murió el papa Clemente XII. Cinco meses de debates costó al cónclave la eleccion de Lorenzo Corsini Florentino, que tomó el nombre de Clemente XII. A la edad de setenta y ocho años, en que fué elegido, manifestó el mayor vigor; disminuyó los impuestos públicos, castigó ejemplarmente los delitos de prevaricacion cometidos en el pontificado anterior de Benedicto XIII, y gobernó con sabiduria la Iglesia. En medio de las guerras de Italia se atrevió á reclamar para la Santa Sede los ducados de Parma y de Plasencia, empero fueron desoidas sus reclamaciones. Consagró al infante D. Carlos, hijo de Felipe V, rey de España, cuando aquel príncipe vino á Italia y conquistó el reino de las Dos-Sicilias.

La eleccion de Clemente XII en tan avanzada edad, habia sido una tregua á las encontradas pasiones del cónclave; pero como los calculos humanos son falibles, su pontificado llegó á durar diez años. Celebró con Felipe V un concordato para el arreglo de la iglesia de España en 1733. Despues de su muerte el pueblo de Roma, reconocido á su buen gobierno, le erigió una estatua de bronce que nosotros hemos visto, y que se halla colocada en una de las salas del Capitolio.

En 12 de febrero de 1396 Carlos VI, rey de

Francia, abole la costumbre de negar confesores á los reos condenados á muerte; y esta piadosa práctica, tan conforme al espíritu de la religion, es muy pronto imitada en todos los pueblos.

En 12 de febrero, una sentencia del Parlamento de Paris decide que el libro de la *Imitacion de Jesucristo* no se imprima sino bajo el nombre de Tomás Kempis. Se dudaba, y aun se duda, que fuese de este, atribuyéndose por muchos á Juan Gersen. — Esta sentencia no ha bastado para terminar esta cuestion á los ojos de la posteridad, y el autor de la *Imitacion de Jesucristo*, este libro admirable, traducido á todos los idiomas del mundo, y del que se han hecho mas ediciones, y se harán, permanecerá eternamente desconocido.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTIFICA.

LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Interés del estudio de los fenómenos eléctricos. — Origen de las acciones y de la denominacion de la electricidad. — Electricidad estática y electricidad dinámica. — Desarrollo de la electricidad por frotamiento. — Electróscopos. — Cuerpos buenos y malos conductores. — Grew y Wheeler. — Cuerpos aisladores. — Dufay. — Electricidad vitrea ó positiva, y electricidad resinosa ó negativa. — Manifestaciones de los cuerpos electrizados. — Leyes referentes á la electrizacion por el frotamiento. — Franklin. — Epinus. — Máquinas eléctricas. — Otto de Guéricke. — Electróforo de Volta. — Máquina de Ramsden.

Es ciertamente el estudio de la electricidad uno de los que con mayor y mas fundado motivo atrae la curiosidad universal, y capta la atencion de cuantos admiradores de sus progresos diarios anhelan conocer la naturaleza y los fenómenos sorprendentes de ese agente misterioso, que hoy trasforma la vida de los pueblos, y que tan nuevos y dilatados horizontes les promete en lo porvenir. Definir la electricidad por la enumeracion de sus hechos, y poner de manifiesto los progresos de que le son deudoras las ciencias y la industria, así como relatar los descubrimientos sucesivos que han surgido en sus adelantamientos, y que son patrimonio de sabios, cuyos nombres guardará en sus fastos inmortales la historia de la humanidad, fuera empresa de suyo difícil é imposible de esponer, aun sumariamente, en nuestras *Lecturas*; así es, que por otras causas, á mas de las ya anotadas, solo pensamos en nuestros escritos, dar á conocer desde luego el estudio de los fenómenos eléctricos, de las principales esperiencias á que dan origen, y de los aparatos que en estas se emplean, para obtener, como resultado, la vulgarizacion de conocimientos científicos y de denominaciones técnicas, que hoy deben ser patrimonio de todos, puesto que nadie desconoce los hechos admirables que debemos á la electricidad, y á cuya exposicion dedicaremos en su dia varios de nuestros artículos.

La electricidad; ese agente universal, cuya presencia acusan infinidad de fenómenos físicos y químicos, y que debe su origen al frotamiento, al calor, á la presion, al magnetismo, á diferentes acciones químicas, y á la misma electricidad, es deudor de su denominacion, á la sustancia conocida por succino ó ámbar amarillo, que denominada *éle tron* por los griegos, fué la primera en la cual reconocieron aquellos la propiedad de atraer al frotarse, cuerpos ligeros, tal como el aserrín, al esponerlos á su accion. Este es el fenómeno eléctrico que conocieron los antiguos, y que preocupando vivamente el espíritu de sus naturalistas, permaneció por dilatados años sin dar origen á nuevos progresos, porque en sus estudios é investigaciones, mayor auxilio pidieron á la imaginacion que á los razonamientos y á las aplicaciones. En los últimos años del siglo XVI, volvieron á fijar su atencion los físicos en las propiedades del ámbar amarillo, y desde la época citada, datan los progresos y aplicaciones de la electricidad, á los cuales han concurrido con sus estudios todos los sabios del mundo, y de la cual se ocupan actualmente cuantos toman parte en el movimiento de las ciencias apli-

éadas. Digamos antes de terminar este párrafo, que á pesar de los progresos de que somos testigos, es imposible definir y explicar teóricamente la electricidad, sino por medio de hipótesis, como acontece igualmente con el calor, la luz y el magnetismo, agentes que actúan á nuestro alrededor, y cuyas manifestaciones no nos abandonan ni un solo momento.

El reposo y el movimiento, esos dos estados de la materia, tal como se consideran en la mecánica, se han aplicado igualmente al estudio de la electricidad: la causa principal que origina la *electricidad estática* ó en reposo, es el frotamiento, que acumulándola en la superficie de los cuerpos, la mantiene en equilibrio, manifestando por medio de atracciones y de chispas su estado de tensión. La *electricidad dinámica* ó en movimiento, que es el resultado principalmente de acciones químicas, cruza los cuerpos en forma de corriente, y propagándose con una rapidez casi infinita, se trasmite á distancias considerables. El estudio de los dos estados que acabamos de indicar, sirve de línea divisoria á las dos grandes secciones en que hoy se divide aquel, y por lo tanto, al aceptarlo, daremos principio á nuestras lecturas por el conocimiento de los hechos que se refieren á la electricidad estática.

Los cuerpos electrizados por medio del frotamiento, al efectuarse este por el empleo de un pedazo de paño ó de piel de gato, según hemos manifestado anteriormente, adquieren la propiedad de atraer cuerpos ligeros; de producir ciertas sensaciones al aproximarlos al cutis, y de originar efectos luminosos. Estas propiedades se notan de una manera particular en el ámbar amarillo, en la resina, en el lácre, en el vidrio y en otros muchos cuerpos; y para reconocer la existencia de la electricidad acumulada en los mismos, se emplean varios aparatos denominados *electroscopos*. El rozamiento de los cuerpos sólidos con los líquidos y con los gases, se emplea igualmente para electrizar aquellos. Todos los cuerpos pueden electrizarse por medio del frotamiento, y aunque parece que no sucede así respecto á los metales, solo es origen este resultado, de una propiedad particular que los distingue de los cuerpos que antes hemos enumerado, en los cuales, al parecer, se adhiere la electricidad, mientras que circula libremente en los metales; es decir, que estos *conducen* bien la electricidad, cuando aquellos por retenerla y no propagarla, se oponen á su trasmisión. Estas propiedades establecen una distinción entre las dos clases de cuerpos que nos ocupan: unos se denominan *buenos conductores*, y otros *malos conductores*. Pertenecen á esta última sección, la resina, la seda, el vidrio, el azufre, etc.; y á la primera, los metales, los líquidos, excepto el aceite, el coke, el carbon de leña, etc. Los físicos ingleses *Grew* y *Wheeler*, fueron los primeros que descubrieron el diferente grado de conductibilidad de los cuerpos, que á mas de depender de la sustancia que concurre á su formación, se encuentra subordinado á otras causas físicas.

Los cuerpos malos conductores se denominan, igualmente, *cuerpos aisladores*, puesto que se emplean para retener la electricidad, siendo indispensable, para conseguir este resultado, que sean cuerpos aisladores los que comuniquen con la tierra, pues esta conduce bien la electricidad, por cuya razón se denomina *depósito común* de la electricidad el globo terrestre, por perderse en él toda la electricidad que al mismo se trasmite.

Dufay, que nació en París en 1698, célebre miembro de su Academia de ciencias, fué el primero que notó la existencia de dos electricidades diversas; una, que denominó *vitrea*, por ser originada por el rozamiento del vidrio, y otra, á la cual dió el calificativo de *resinosa*, porque se obtiene al frotarse la resina. Observó á mas, que los cuerpos sometidos á la influencia de una *misma* electricidad se *repelen*, siendo así que se *atraen* los cuerpos dotados de electricidades *diferentes*. Para no atribuir al vidrio y á la resina la manifestación exclusiva de los fenómenos que nos ocupan, se ha reemplazado la denominación de electricidad vitrea, por la de electricidad ó *fluido positivo*, que se representa por el signo +

(mas), y la de electricidad resinosa, por la de electricidad ó *fluido negativo*, que en relación á ella, se indica por el signo — (menos).

Hasta hoy se desconocen las razones que concurren á que un cuerpo dado, adquiera por el frotamiento una ú otra de las dos electricidades á que acabamos de contraernos; en cambio es un hecho general, que dos cuerpos al frotarse entre sí, aceptan electricidades di-tintas, y que la electricidad reside en la superficie de los cuerpos acumulándose en sus puntas, originándose de este hecho la propiedad que poseen los cuerpos de transmitir á la atmósfera por aquellas, el espesor eléctrico que en las mismas se condensa, propiedad que Franklin aplicó, con gloria suya y para bien de la humanidad, á esos aparatos con que hoy se anulan los efectos del rayo, atrayendo, por medio de puntas, la electricidad acumulada en la atmósfera. Digamos igualmente, que aunque aislados los cuerpos electrizados, pierden con mayor ó menor rapidez su electricidad, á causa de la conductibilidad del aire y gases que rodean á los cuerpos, y de la de los aisladores que les sirven de pie; pérdidas constantes de electricidad que concluyen por volver al cuerpo electrizado á un estado natural.

Epinus fué el primero que se ocupó en someter al cálculo y de aprisionar, digámoslo así, en las fórmulas algebraicas, los fenómenos fugitivos y misteriosos de la electricidad; empresa que prosiguió y llevó á cumplido término *Coulomb*, demostrando por esperiencias decisivas y por el empleo de aparatos ingeniosos, las leyes según las cuales varían las atracciones y repulsiones eléctricas; leyes que se formulan diciendo que: las atracciones y repulsiones entre dos cuerpos electrizados, están en razón inversa del cuadrado de su distancia, y que siendo esta constante, aquellas manifestaciones están en razón compuesta de las cantidades de electricidad que poseen los dos cuerpos electrizados.

Se da el nombre de *electroscopos* ó *electrómetros*, según ya indicamos, á unos aparatos que se emplean para conocer si un cuerpo se halla electrizado, pero que á mas, indican la naturaleza de la electricidad que posee. Pasemos á ocuparnos en la actualidad de las máquinas eléctricas, ó sea de los diferentes mecanismos á que se recurre para la producción de la electricidad estática, que según manifestamos, es á la que vienen contrayéndose las leyes y fenómenos que nos ocupan.

A *Otto de Guericke*, al físico mas distinguido y al inventor mas profundo de su época, somos deudores de la primera máquina eléctrica, la cual inventó en 1602. Admirado de los notables fenómenos del ámbar amarillo y de las resinas, manifestaciones que sus contemporáneos consideraban como curiosas en alto extremo, pero exentas de toda importancia, tuvo la idea de construir grandes esferas de azufre y resina provistas de ejes y manubrios, á las cuales imprimía un movimiento de rotación, al mismo tiempo que frotaban con un trapo de lana: electrizándose las esferas al ponerse en contacto despedían fuertes chispas, y esta concepción del físico de Magdeburgo fué la base de las máquinas eléctricas, cuyas formas varían notablemente, como daremos á conocer desde luego, si bien circunscribiremos nuestra descripción á los sistemas mas generalmente empleados.

Las figuras 1.^a y 2.^a (véase la página 121) dan á conocer la máquina eléctrica mas sencilla, denominada *electróforo de Volta*, por ser invención de este conocido físico: consta de una torta resinosa B, fundida en una caja de madera, y de un disco A tambien de madera, cubierto por papel de estaño y provisto de un mango aislador. Para obtener por medio de este aparato la electricidad, se seca la torta de resina y la caja de madera á un calor moderado, y luego se frota enérgicamente dicha torta con una piel de gato, que la electriza negativamente: al aplicarse el disco de madera sobre la resina, conserva esta su electricidad negativa, atrayendo el disco el fluido positivo sobre la cara que se encuentra en contacto con la resina, repeliendo á la otra el negativo. Tocando el disco por la lámina de estaño, se qui-

ta el fluido negativo y el disco queda electrizado positivamente; así, pues, separándole con una mano por el mango de vidrio y tocándole con la otra (figura 2.^a) salta una viva chispa, originada por la recomposición del fluido positivo del disco con el negativo de la mano.

La máquina eléctrica inventada por *Otto de Guericke*, fué perfeccionada por *Hawkesbee*, quien sustituyó las esferas de azufre y de resina, por un cilindro de vidrio, y por el alemán *Winkler*, que en 1740, reemplazó el trapo de lana con el que se frotaba el cilindro, por un cogin ó almohadilla de crin cubierto de seda, hasta que *Ramsden*, en Lóndres, por el año de 1766, sustituyó un disco de vidrio al cilindro. Describamos, pues, la máquina eléctrica, que imperfecta en manos de *Otto*, tomó en las de *Ramsden* la construcción que indica la figura 4.^a (véase la página 128). Contrayéndonos á dicha figura, notamos un disco P de vidrio montado por su centro, sobre un eje que al girar con este por medio de un manubrio M, se halla oprimido en la dirección de su diámetro vertical entre cuatro frotadores ó almohadillas F de seda ó cuero. En el sentido de su diámetro horizontal, pasa el mismo disco por dos tubos de latón que afectan la forma de una herradura, y que por encontrarse armados con puntas dispuestas á ambos lados del disco, y casi tangentes á este, reciben la denominación de peines. Estos comunican con los conductores ó gruesos tubos C, aislados por medio de pies de vidrio, comunicándose aquellos por un tubo de menor diámetro, como indica la figura á la cual nos referimos.

En nuestra próxima *Lectura* nos ocuparemos de la teoría de la máquina eléctrica, y seguiremos el estudio breve y elemental de la electricidad, de ese agente misterioso, á quien hasta hoy nunca ha recurrido en vano ni la ciencia ni la industria, por mas que hayan exigido de su cooperación hechos maravillosos, y sorprendentes manifestaciones, cuya descripción será objeto de artículos sucesivos.

J. CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

Como estaba anunciado, la reina de Inglaterra abrió las Camaras británicas, pronunciando un discurso que á estas horas habrá sido comentado ya en los círculos políticos de ambos mundos. El telégrafo le dió á conocer inmediatamente á todas las cortes extranjeras, y ya que nos sea difícil reproducirlo íntegro para conocimiento de nuestros lectores, les indicaremos lo puntos principales sobre que versaba. La Reina Victoria habló del estado próspero del país, de la disminución de crímenes y del pauperismo, de las ventajas que á su modo de ver han obtenido los Ingleses en la India, cuya pronta pacificación esperan; ocupóse de la convención relativa á la Moldavia y la Valaquia, del establecimiento completo de relaciones con Rusia, del tratado de comercio con la misma nación y con el Japon y la China; expresó sus deseos de estender su influencia á la conservación de la paz, y declaró su satisfacción de que el emperador de los Franceses pareciese dispuesto á abandonar el sistema de inmigración de negros para evitar los abusos de la trata. Habló además del aumento de la marina inglesa, de las órdenes dadas para pedir satisfacción de los perjuicios en Méjico, de la ley electoral y otros diversos asuntos.

El discurso de la reina Victoria no ha satisfecho, sin embargo, á aquella parte de población inglesa que hubiera anhelado espresiones duras y amenazadoras, dictadas por la altivez y la confianza en si mismo, porque quisieran lanzar á la Europa en el conflicto de una guerra general y desastrosa. Y el lenguaje del discurso pronunciado en la apertura del Parlamento británico, respira, al contrario, templanza, calma política. No podía ser de otro modo. La Gran Bretaña hoy tiene un rival poderoso con el cual le conviene estar en paz, sobre todo viendo gas-

tadas sus fuerzas en esa lucha colosal que sostienen los rebeldes de la India. Sabido es que quien rivaliza hoy con la Inglaterra es la Francia, y nadie podría asegurar si las grandes potencias se empeñaran en una guerra, cuál de ellas reportaría la victoria y todas la ventajas. Mejor es, pues, no ponerlo en tela de juicio. Pero que los Ingleses comienzan a desconfiar de sus propias fuerzas, no hay para qué ocultarlo. Ellos mismos lo confiesan, como lo prueba la siguiente carta dirigida á Lord Derby por Sir Carlos Napier, y que han publicado casi todos los periódicos extranjeros. Dice así:

«Milord: En el estado actual de perturbacion en que se encuentra la Europa, ¿es justo y prudente permitir que la Francia con un ejército de 500,000 hombres pueda dominar el estrecho? Entre Brest y Cherburgo existen treinta ó cuarenta navios de linea (la mitad en Cherburgo), con armamento, ó que con la mayor rapidez pueden tenerlo fácilmente. La Francia cuenta con medios para armar una flota de que carecemos nosotros: por medio del camino de hierro puede trasportar los equipajes de la armada de Tolon á Cherburgo, y nosotros no podemos, con un medio igual, trasportar nuestros equipajes de la armada del Mediterráneo á Portsmouth. En estas circunstancias recomiendo eficazmente á V. S. queráis pedir á la comision de armamento marítimo, que ordene el equipo de nuestra primera reserva, preparando el de la segunda. Montalémbert nos ha dicho que nosotros no teniamos amigos en Europa.—Por otra parte, no sabemos lo que podrá acontecer en la primavera próxima. No debemos olvidar que la Rusia tiene en el Báltico una gran armada, siempre preparada y no lejana de nuestras costas orientales. No olvideis, Milord, que Napoleon I habia formado en Dijon una reserva, un ejército de reserva, y que antes que de ello se apercibiese el Austria, atravesó los Alpes. Napoleon III puede atravesar el estrecho antes que sepamos lo que debemos hacer.—Yo soy, etc.—Carlos Napier.»

Esta carta ha sido objeto de numerosos comentarios. Los periódicos se han apoderado de la idea de un rompimiento como posible entre las naciones europeas, y alguno de ellos ha comenzado á pasar revista de las fuerzas de que pudiese disponer este ó aquel país, del número de sus soldados, y de sus navios, como si al día siguiente tuviese que darse la batalla, y de ella pendiese la suerte de todo el mundo. Otros, casi al propio tiempo, dan seguridades de paz y se duelen de que la opinion publica, dama por cierto muy impresionable, se asuste sin motivo. El *Constitutionnel*, por ejemplo, decia dias atrás que los rumores de guerra circulados en estos últimos meses, solo eran propios para alterar la concordia entre los ciudadanos, y añadía: «Podemos esperar tranquilos el porvenir, porque somos fuertes.» No obstante, este lenguaje por mas que sea de un periódico que se considera en Francia semi-oficial, no indica que no pueda temerse una guerra, sino que en el caso de que esta estallase, se considera la nacion francesa con suficientes fuerzas para quedar airosa y triunfante.

Por mas que el periódico de Viena *Ost-Deutsche Post* haya intentado desmentir las noticias que desde hace mas de dos meses vienen circulando con motivo de la concentracion de fuerzas austriacas en Italia, la *Gaceta de Weser*, la *Gaceta de Elberfeld* y otros periódicos han dado pormenores de marchas y contramarchas de las tropas sobre cuyo significado no se puede dudar. Una correspondencia particular dirigida á *La Patrie*, dice que en Venecia habian desembarcado dos batallones de croatas pertenecientes á un regimiento fronterizo, los cuales habian sido recibidos con sentimientos de repulsion por los habitantes, debiendo desembarcar mas adelante otros batallones para la guarnicion de la ciudad.

La *Gazzetta ufficiale di Venezia* ha publicado una notificacion para continuar los estudios en la Universidad de Pádua, interrumpidos con motivo de los sucesos lamentables de que la Italia ha sido teatro.

Un despacho telegráfico de Londres ha anunciado haberse contratado entre el Austria y la casa de Rotschild un empréstito de 150 millones de francos. Los títulos se han emitido á 80 con el interés de un 5 por 100.

La *Gaceta Nacional* austriaca ha publicado el resultado del censo de poblacion verificado en Austria en 1857, el cual asciende al número de 37.339,012 habitantes. Si se añade á este número el de los militares en activo servicio y la gendarmeria, la poblacion del imperio se acerca á 38 millones de almas, repartidas en 877 ciudades, 970 villas y 2,436 pueblos.

Las últimas noticias de Cochinchina presentan como muy adelantados los trabajos preparatorios para el ataque de la capital. El estado de la atmósfera habia hasta ahora impedido su adelanto.

JANER.

REVISTA MUSICAL.

Decir que hay mundo musical en Madrid es cometer una exageracion: aldea musical y gracias.

En todo el mes que ha trascurrido desde que publicamos nuestra anterior revista, en el teatro Real se han cantado cuatro óperas por la primera vez en la presente temporada, y se han representado dos zarzuelas nuevas. Ni un solo concierto público, ni siquiera una sesion de nuestros orfeones, porque no los tenemos; y si no fuera por que la siempre amable y distinguida condesa de Montijo reúne todos los jueves en su palacio á una escogida sociedad de *virtuosi* y *dilettanti*, para hacer escuchar á los segundos la voz de los primeros, la sociedad aristocrática de Madrid pasaría la vida sin rendir homenaje al arte encantador, que cuenta entre sus nombres gloriosos, los de un Bellini y un Pasiello, los de un Rubini y una Sontang.

Y no es que falten en España aficionados distinguidos, ni voces privilegiadas, es que parece que conspiran en difundir el desaliento entre los *amateurs*, los que mas interés debian tener en avivar el entusiasmo.

Cuando de esta manera pensamos, está viva en nosotros la impresion que diariamente recibimos en el teatro Real.

La empresa descuidada y sin acierto, en vez de procurar llamar al público con novedades de mérito, gasta todos los años un dineral en contratar una brillante compañía, y esta brillante compañía, que de antemano es el objeto de todos los elogios en la teoria, ó cuando el público no ha oido á los cantantes, es en la práctica incompleta, cuando al finalizar se saca en consecuencia que en todo el año cómico se han reproducido las óperas del anterior, alcanzando cada año nuevo una ejecucion mas defectuosa.

En el actual, tenemos á la Sra. Kenneth y al Sr. Bartollini; tenemos á Bettini: los tres artistas consumados, con grandes facultades y no escasas simpatías del público: tenemos á la señora de Giuli, que, aunque al principio de su ocaso, todavía puede ser aplaudida; á la señorita Leman, de poca voz, pero agradable, principiante en la escena, pero con estimables dotes para seguir en su carrera, que ha empezado en Madrid con buena suerte; tenemos á Ginglini, que en los andantes aprovecha sus facultades agradando; pero nos falta un bajo, y nos falta un segundo cuarteto, que como se acostumbra á hacer en otros países, pueda sustituir en sus tareas á los artistas que figuran en la primera linea; y si la compañía es incompleta, no lo es menos el repertorio.

Cuando hasta en muchas de las provincias españolas se conoce el *Profeta Buondelmonte*, *Saul* y otros varios; cuando desde los buenos tiempos del teatro del Circo y de la Cruz se han estrenado en el extranjero espartitos que han alcanzado los aplausos del público, en Madrid no salimos del repertorio viejo, que, aunque bueno en su mayor parte, fatiga al público y enoja á

los abonados; y cuando de él quieren salir, ó sucede lo que en la primera representacion del *Roberto el Diablo* en la actual temporada, que no se pudo oír á escepcion de la parte que cantaron la Kenneth y Bettini, ó con el *Giuramento*, en la que todo el público manifestó su desagrado de una manera muy marcada.

Pero dejando á un lado consideraciones enojosas y cumpliendo nuestro deber de cronistas, vamos á reseñar el éxito que han obtenido las cuatro únicas óperas que desde los primeros dias de enero se han cantado por primera vez en el presente año.

I Puritani, el sublime poema donde Bellini supo espresar el sentimiento que le inspiraban el amor y la patria, ha sido el que ha alcanzado los honores.

Se ha puesto muchas veces en escena y se repetirá logrando siempre la Sra. Kenneth en el papel de Elvira entusiastas aplausos. Sus dotes no comunes, su voz que tiene un dulce encanto, la agilidad de su garganta, todo en ella se reune y hace que desde el principio hasta el fin de la ópera arrebatase.

Ginglini tiene buenos momentos, y en el andante del cuarteto del primer acto, y en el acto tercero, se hace aplaudir.

Bartolini tambien luce sus brillantes facultades, y si Llorens no fuera tan exajerado, tambien mereceria nuestro elogio.

Roberto el Diablo ya hemos dicho que obtuvo un ejecucion desgraciadísima. La Kenneth, sin embargo, brilló en el tercer acto y en el quinto, logrando compartir los aplausos con Bettini.

Despues se ha ejecutado el *Trovador*. La Gazzaniga, la Penco y la Medori nos han presentado de una manera tan brillante el carácter poético de Leonor, empleando cada una á su modo sus mas bellos recursos para darle este encanto, que era difícil un triunfo para otra artista, que si no las superaba, al menos las igualase. Esto no ha sucedido así. Bettini despues de un mes de retiro á causa de sus padecimientos físicos, logró el éxito de siempre.

Bartollini, menos acertado que otras veces, no cantó ausente de su feliz inspiracion. La señora Masson en el papel de Azucena desplegó los recursos de su talento, y se mostró como excelente actriz, al par que como *virtuosa* concienzuda.

El *Giuramento*, cantado recientemente, presentó en escena á una nueva contratista, la señora Bernardi. Con una ejecucion mediana logró aplausos Ginglini; unánime desaprobacion Storti, y los demás aprecio en algunos instantes, indiferencia en otros.

En la semana pasada ha tenido lugar el beneficio de Bettini, quien con un desprendimiento que le honra, y que ha merecido general aprobacion, cedió todos sus productos á los pobres. El teatro estuvo magnífico. SS. MM. le honraron con su asistencia, y los artistas todos fueron muy aplaudidos, viendo el Sr. Bettini caer á sus piés una lluvia de poesias en testimonio de gratitud y admiracion.

Se cantaron segundo y tercer acto de *Hernani*, el tercero de *Lucia* y un bellissimo duo del *Otelo*.

Esta funcion era una despedida. El apreciable tenor disgustado con la empresa, y necesitando algunos meses de reposo, ha roto su escritura y se va. No podemos menos de sentirlo, porque es una pérdida costosa para el teatro Real. Consolémonos, sin embargo, con la esperanza de oír cantar el *Saltimbanco* de Pacini, ópera escrita expresamente para la Kenneth y Bartollini.

Como nuestro querido compañero *Numa* se cuida de escribir sus impresiones del teatro de Jovellanos, nada decimos de él; y solo anunciaremos que el próximo verano resonará en su recinto la voz de una artista muy querida en Madrid, de la Penco, que interpretará algunas óperas en compañía de otros artistas reputados. Gracias al que ha tenido tan feliz pensamiento en nombre de los muchos que quedan en la corte en los meses de estío.

Terminaremos recomendando á nuestros lectores un precioso album de piezas musicales, de Dámaso Zabalza, que con el título de las *Flores imposibles* ha publicado el editor Martin.

Inspiración, gracia, frescura, todo se encuentra en ellas, y como decía bien, no hace mucho, un periódico, están llamadas a hacer bailar—porque son bailables—á los mas fieros adversarios de la encantadora Terpsicore.

RÓMULO.

REVISTA DE TEATROS.

De todos los coliseos de la corte, el único que tiene en la actualidad el privilegio de llamar la atención del público es el de la plazuela del Rey, gracias á la aparición en su escena de la eminente actriz Matilde Díez. Como suponemos que la mayor parte de nuestros lectores habrán asistido al afortunado coliseo, no nos detendremos en minuciosos pormenores sobre la ovación que obtiene cada noche esta distinguida actriz en union con el primer actor D. Julian Romea, con el que comparte los justos y merecidos aplausos que el público le tributa. Baste decir que en las representaciones que hasta el día de hoy lleva dadas, no ha habido un solo asiento desocupado, y que en todas ha sido igual el entusiasmo que ambos actores han sabido inspirar al público.

También el teatro de Novedades ha estado estos últimos días de buena fortuna, merced á la inimitable maestría con que la primera actriz de este teatro, Doña María Rodríguez, ha sabido no ya interpretar, sino crear el tipo de la protagonista, en el drama nuevo en tres actos, *Diana de San Roman*, arreglado á nuestra escena por Don Manuel García González. En efecto, de todas las obras representadas en este coliseo durante la actual temporada, ninguna ha llamado la atención como esta última, no tanto por su mérito literario, sino por su brillante desempeño. La prensa toda, y es la mayor justicia que podemos hacer á esta distinguida actriz, ha estado unánime en esta ocasión para rendirla el homenaje de admiración y de justicia que con su claro talento ha sabido conquistarse. *Diana de San Roman*, no vacilamos en decirlo, es uno de los mas brillantes laureles que esta actriz puede ostentar con justo y legítimo orgullo, una de las mejores creaciones de su escogido repertorio, y la joya de mas preciados quilates que brillará en su corona de artista. El público y la prensa lo han consignado así, sancionándolo con sus aplausos y su aprobación. Por nuestra parte, unimos nuestra débil voz á la de todos nuestros colegas, enviando nuestro humilde parabien á la afortunada actriz que á tanta altura ha sabido colocar esta vez su reputación artística.

El teatro del Príncipe ha ido arrastrando una vida precaria y miserable. *El segundo amor*, comedia en tres actos traducida del inglés, no ha gustado, habiendo tenido en ello mucha parte el mal reparto de la obra, y lo descuidado de la ejecución. No culpamos al traductor y sí á la dirección de este teatro, que de este modo abandona sus intereses.

En el teatro Real se ha cantado *Il Giuramento*, que no ha hecho mas que pasar.

Por último, en el coliseo de la calle de Jovellanos se ha puesto en escena últimamente *El Capitan español*, que tuvo un éxito desgraciado. El libreto, aunque escrito en versos fáciles y de buena ley, carece de interés, sobre todo el acto tercero, donde la obra decae notablemente.

La ejecución, solo fué mediana por parte de Salces, Caltañazor y la Soriano, y buena por la Murillo.

La entrada fué un lleno completo.

NUMA.

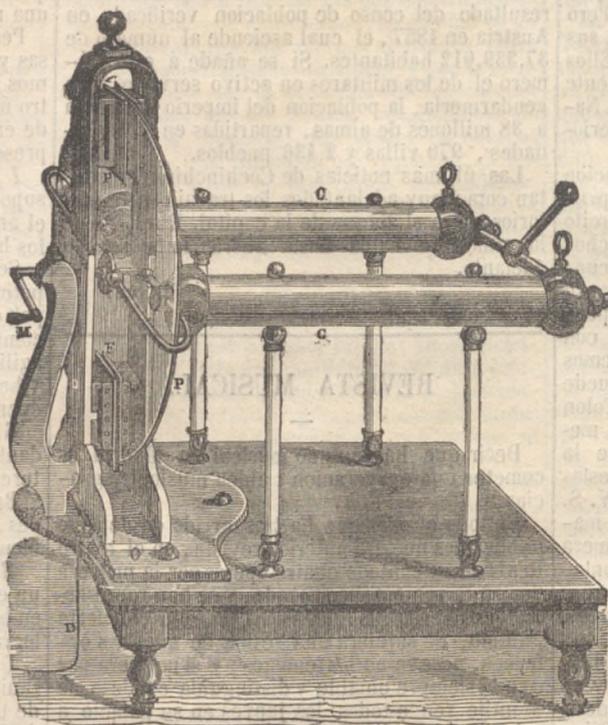


FIG. 4.ª

Máquina eléctrica de Ramsden.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

Cuadro geográfico, histórico, administrativo y político de la India en 1858, por don Luis ESTRADA. 8.ª mayor con mapa. Madrid, Rivadeneira, 1858.

Bastante completo, para un volumen de regular lectura, es el cuadro que nos ofrece el señor Estrada en la obra del encauzamiento. Los detalles geográficos, estadísticos é históricos que encierra, dan una idea adecuada de los vastos y heterogéneos dominios de la India; pero sobre todo descuellan las noticias del capítulo 5.º (población y razas de la India) en que figuran muy eruditos y poco comunes conocimientos, del carácter y estado de cultura social de sus moradores. El todo contiene datos numerosos é instructivos acerca del establecimiento de los Ingleses en la India, y razones críticas, filosóficas y políticas de su influencia en el país, alternativas de autoridad en el de la Compañía llamada de las Indias, que ha administrado hasta el día los dominios anglo-indios, porvenir de las luchas hoy día empeñadas en su territorio, y estado actual de la política de la Compañía y Gobierno británico entre sí y respecto de la India.

FRANCISCO GAYOSO.

Poesías de D. Juan VALERA.

Un bien entendido lirismo distingue las poesías del Sr. Valera. Siempre animadas de gracia y

naturalidad poéticas, expresan en el género erótico muy delicados sentimientos del corazón humano, en el diálogo oportunas correspondencias, en los menores juguetes delicado tacto, y siempre una versificación, á nuestro juicio, como debe serlo la versificación moderna, rayando en libre, y desprendida de las violentas trabas del rigorismo y purismo de nuestros clásicos. Con todo, haciendo uso de la franqueza del que juzga, aunque sin las pretensiones del que sabe, nos atrevemos á decir que sus versos no rimados carecen del esmero y esplendidez que están llamados á suplir aquella falta de atractivo, debida á la ausencia de uno de los elementos de la versificación castellana, si bien confesamos que no nos parece llegado el caso de romper completamente con semejante condición, por lo cual poco menos que imposible se hace agrada el poeta que la omite en sus composiciones.

En cambio los romances son de fácil y amena versificación, y aun los traducidos están dotados de una inmejorable naturalidad, y de un tono nacional tan marcado, que no nos hace desear el conocer los originales.

Mucha erudición, rara vez mas de la conveniente, comunica un realce no menor al contenido de gran número de los poemitas del señor Valera, y la oportunidad con que juega con la mitología pagana, interponiéndola sin violencia, antes con delicado gusto, aun en los asuntos religiosos, como en la resurrección de Cristo, nos hace conocer que el autor posee dotes de verdadero poeta, y esperar de su pluma otras nuevas é interesantes producciones.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Des Maladies du caractère, par le Dr. Eugène BOURDET. Un vol. in-12. Paris, Germer Baillière, rue de l'Ecole-de-Médecine.

El estudio de las pasiones humanas, tema perpetuamente erigido ante la imaginación, varía de fondo, á que acuden para nutrirse la literatura y el arte, suscita comunmente, como observa el autor, un interés mas superficial y profundo que científico. Los trabajos literarios nunca mejor éxito alcanzan que cuando despertan la curiosidad con la pintura de las pasiones, con el examen de tipos individuales mas ó menos lógicos, de personalidades mas ó menos sorprendentes. Así alcanzan un sentido fisiológico cuya mayor ó menor exactitud los hace útiles ó perjudiciales y objeto de amor ó temor en su reacción moral; pero también obras mas exactas y científicas carecen á menudo, para lectores de alta sociedad, de atractivo y seducción. Y cierto que todo sistema filosófico, que no estriba en un conocimiento completo de nuestra propia constitución, de nuestros órganos y funciones, carece de valor, para dirigir prácticamente al hombre y su destino futuro. El libro de Mr. Bourdet es un ensayo notable, lleno de delicadas observaciones, puntos de vista nuevos y exactos. Una comisión feliz le ha facilitado el planteo y estudio de crecido número de problemas, dentro de los reducidos límites que se ha impuesto.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 443.—*Por un alfiler*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 446.—*Este mundo es un fandango*, por D. Mariano Ruiz-Lorenzo, pág. 448.—*Viaje á China*, por Lord Macartney, pág. 211.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 423.—*Sección religiosa*, pág. 424.—*Lecturas científico-industriales*, pág. 425.—*Crónica extranjera*, pág. 426.—*Revista musical*, pág. 427.—*Revista de teatros*, pág. 428.—*Bibliografía española*, pág. 428.—*Bibliografía extranjera*, pág. 428.

Aviso importante.— Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.